

MARINA L. RIUDOMS

HABÍA UNA FIESTA



MARINA L. RIUDOMS

HABÍA UNA FIESTA



MARINA L. RIUDOMS

Había una fiesta



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@cabalodetroyaeditorial



@caballotroyaed



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Mireia, Noemí y Gemma

I should have known better
Nothing can be changed
The past is still the past
The bridge to nowhere.

SUFJAN STEVENS,
«Should Have Known Better»,
Carrie & Lowell, 2015

Track #1: Sea Calls Me Home – Julia Holter

Las olas chocaban contra el casco del barco como piedras sobre un cráneo. Era un sonido seco que se sucedía de un modo continuado y cuya repetición lo volvía ausente, pese a que era ensordecedor. Resulta inquietante el modo en que asimilamos algo molesto como normal mediante su insistencia. Interiorizamos molestias para que dejen de serlo. Sin voluntad ni fin explícitos. O así se lo aplicaba María: una ráfaga de imágenes se sucedía una y otra vez en su memoria. Acudían nítidas y fracturadas, pero volvían con una insistencia tan obsesiva que enrarecía cualquier objetividad que pudieran tener. Nadie puede recordar las cosas de un modo exacto, es parte de la belleza de la imperfección humana. María era un espécimen bello en ese sentido. Ella había seleccionado aquellas imágenes que más la habían impresionado; después su subconsciente empezó a distorsionar el incidente con temores y remordimientos. El vaivén del oleaje se incrementaba a cada segundo que distanciaba el pasado del presente.

Su redención siempre había sido la incondicional amistad que guardaba con Paula, Jero y Nadia. Cuando estaban juntas, era capaz de salir de su atoramiento. Con ellas se encontraba entonces, escuchando sin atender el repiqueteo de las olas contra la chapa metálica. Era el verano de 2015.

Los últimos días antes del incidente no habían hablado de otra cosa que no fuera la fiesta en la playa de Capri. Supieron de la existencia de ese evento a través de unos alemanes que se hospedaban en el mismo albergue que ellas en Sorrento. Su economía adolescente les había obligado a quedarse en un albergue mediocre que creyeron funcional. Dicha expectativa quedaba frustrada por la realidad del lugar. Compartían habitación con otras veinte personas, almacenadas en literas chirriantes de colchón fino, que sin embargo no eran lo único que impedía a las chicas conciliar el sueño. El hecho de dormir en multitud y sus diversas prioridades nocturnas ayudaba tan poco como la proximidad de los camastros. Estos quedaban separados por unas taquillas que, con la magia de un candado barato, pretendían proteger sus mochilas de treinta litros.

La primera noche allí fue tranquila hasta la madrugada. Alrededor de las siete el grupo de alemanes irrumpió chillando en la habitación. Paula se incorporó confundida. Los gritos en la penumbra la habían prevenido desde pequeña a esperar que algo malo ocurriera. La tensión y el insomnio le habían regalado unos surcos oscuros bajo los ojos que le daban un aspecto parecido a un sapo. Los alemanes estaban extasiados, sudados y con la ropa hecha jirones. Paula se limitó a

cubrirse la cabeza con el saco de dormir. Pudo notar el movimiento de su litera al descender el cuerpo de Nadia del camastro superior.

A Nadia sí le habían impresionado favorablemente las dilatadas pupilas germanas y esos colores brillantes que pintaban sus cuerpos. Envidió al instante la decadencia del grupo. Fue directa a ellos, con curiosidad, como si la mera proximidad física pudiera transferirle parte de la noche que habían pasado. Centelleaba mientras hablaban entre ellos, desinhibidos y despreocupados de cualquier factor externo que no fuera su propio ambiente festivo. La exclusión incrementó más aún el interés de Nadia por formar parte de esa experiencia.

No fue necesario que ella generara muchas preguntas para que el grupo de alemanes hablara de luces en la playa que se sincronizaban con tu estado de ánimo. Láseres que atravesaban tu cuerpo hiriendo algo menos material que un puñado de piel, tendones, cartílagos y masa muscular en acción, al son de la música en plena noche. Parloteaban con epilepsia de haber visto a las personas más bellas del mundo bailando mientras amanecía. Se interrumpían los unos a los otros contando anécdotas. Les fue imposible describir más allá de onomatopeyas inconexas cómo la luz violácea del sol fue incrementando el hechizo sobre ellos, de un modo dionisiaco. Habían sentido, por primera vez en sus vidas, la impresión de que todos los presentes eran un mismo cuerpo entregado a un espíritu común. Nadia se giró hacia la litera donde descansaban María y Jero. Ambas estaban despiertas, atentas, contagiadas por las ganas de volverse tan locas como los chicos. Ninguna de las tres pensó que la cantidad de compuestos ingeridos era proporcional a la euforia con la que narraban la fiesta. La palpitación del relato se sustentaba por sí misma con tal potencia que las poseyó.

Horas más tarde, el desfase del que presumieron los alemanes seguiría siendo el eje de sus conversaciones y el chivo expiatorio de todos sus males.

Allí se dirigía el último ferry del día.

Salieron tan tarde de Sorrento que el cielo apenas contenía los últimos resquicios de claridad. El mar mecía el ambiente de la cubierta sin calmarlo. Jero y Nadia alborotaban. Se alimentaban la una a la otra intentando impregnar con su energía a Paula y María, sin mucho éxito. Su escándalo se incorporaba al de la multitud de jóvenes con el mismo rumbo que ellas. Jero bloqueaba cualquier evocación más allá del presente. Nadia asumió que ese instante, su aquí y ahora en la fiesta, era la única manera de modificarlo. Paula no podía percibir nada. En un estado semiinconsciente, apoyaba la cabeza sobre sus brazos que, a su vez, descansaban sobre la barandilla de la proa. Pero María se había quedado paralizada por el oleaje en perpetuo impacto. Su ánimo flotaba entre las aguas de algo más profundo.

La playa de Capri quedaba tan cerca que podía oírse el bombeo de los graves de una base electrónica. Era un ruido sin melodía en el que nadie hubiera sido capaz de identificar la canción que sonaba. Los neones empezaron a imprimirse sobre la masa de cuerpos de la cubierta conforme

avanzaban.

—Anímate —dijo Nadia pasándole a María una botella de plástico rellena con más ron barato que Coca-Cola.

—No puedo. No puedo pensar en otra cosa.

Nadia insistió con el mismo movimiento de brazo. En su segundo fracaso se volvió más eficiente, empotrando la botella contra el pecho de su amiga. A María no le quedó otra que agarrar el envase con desidia y darle un trago.

—Tengo todo el rato el mismo pensamiento en la cabeza.

—¿Pollas? —preguntó Nadia.

María se limitó a responder a la pregunta dibujando el gesto de una felación y todas se rieron. Nadia basculó su cuerpo por encima de la barandilla. La elasticidad de sus músculos la calibraron abocando su torso entero hacia el mar. Gritó «Pollas» como nunca antes habían visto gritar a nadie. De ese grito salió más que una irreverencia: emanó toda la represión que habita la mente de las personas y no solo la de las cuatro chicas.

Ellas que se pensaban tan inmunes a todo.

Track #2: Low Life – Future & The Weeknd

El bullicio veraniego de las playas del centro de Sorrento no las entusiasmaba, pero la única accesible para ellas era Marina Grande: una playa estrecha y sumamente repleta. Un horror vacui veraniego compuesto por un collage de cuerpos casi desnudos, donde la arena era algo imperceptible para el ojo humano. Aunque succionaron polos de hielo e intentaron entregarse al paisaje, enseguida sintieron que aquella masa amorfa de bikinis, pelotas inflables y cremas de sol las aburría porque no iba con ellas.

La decepción las condujo de nuevo al albergue y a Instagram. Estaban todas tumbadas en la litera cuando Nadia empezó a investigar en su pantalla opciones menos atestadas. Compartía con las demás los lugares que llamaban su atención. A Jero todos se le presentaban descartables, como si la lente de la cámara los demacrara popularizándolos por su propia belleza. Nadia siguió buscando en el mapa de la red social, y optó por alejarse más, hasta una playa inhóspita, paisaje lunar de piedras y soledad espacial, llamada la Cala di Mitigliano. Ninguna de ellas sabía conducir, así que buscaron combinaciones posibles de transporte público para llegar hasta allí. El único modo era tomar un autobús hasta Termini y andar unos cuarenta y cinco minutos por la carretera. Casi por primera vez desde que llegaron a Sorrento, el plan les pareció perfecto, aunque tal y como predijo Paula tendrían que darse prisa si pretendían llegar a la playa y luego alcanzar el ferry que las llevaría hasta la ansiada fiesta de Capri. Ella se sentía cómoda ejerciendo un papel progenitor sobre las demás, quienes acataron en silencio.

Escuchaban canciones del iPhone de María, apiñadas en la cama. Jero movía los brazos animadamente en una danza horizontal. María estaba completamente embobada, moviendo la cabeza rítmicamente con la mirada perdida. Esta no tenía sensación de abstraerse, pero lo hacía. La música la transportaba allí donde la realidad se volvía mucho más intensa. Por ejemplo, de camino hasta la terminal de autobuses, escuchó «Lemonade» de Sophie. Con los cascos en sus orejas el autobús brillaba en destellos metalizados y purpurinos. Guardaba para sí detalles del entorno y los incrementaba mediante la estimulación acústica. Calculaba el transcurso del trayecto en parámetros musicales, no sexagesimales. Le encantaba dejarse llevar por la sensación de exclusividad que le proporcionaba apreciar tal y como ella percibía el instante. Creía que nadie, nunca más, podría vivirlo como ella lo experimentaba a cada impulso y golpe de ritmo.

Su presente era una canción.

Los trayectos en autobús recordaban a Jero y Nadia las excursiones del colegio. Preferían parlotear de tonterías, cuanto más absurdas mejor. Siempre elegían sentarse juntas, en parte porque Paula prefería leer y María escuchar música, en parte porque su humor se compenetraba mejor que cualquier otra combinación de parejas posibles entre las cuatro. Cinismo y desvergüenza pueden ser sinónimos. Jero poseía el primero y Nadia la segunda. En su descaro conectaban a la perfección. Cuando bajaron del autobús se les sumó Paula y la conversación viró a temas menos banales.

Por el camino de grava, el sol calentaba lo suficiente como para que el paseo hasta la playa les tostara los hombros. María andaba por delante bailoteando alegre. Las otras tres solo accedían a una danza silenciosa. Comentaron durante todo el camino las pequeñas sacudidas rítmicas, más viscerales que eróticas, de María. Sopesaron si estaría escuchando *To Pimp a Butterfly*. Le habían oído decir cientos de veces que era uno de los mejores discos de ese año. Aunque por sus movimientos también cabía la posibilidad de que hubiera apostado por algo de rock. Era imposible de discernir por sus traqueteos y esto les dio cuerda para rato a las demás.

La arena de la Cala di Mitigliano ardía bajo las plantas de los pies. Ellas invadieron la playa chillando y dando saltitos. Soltaban improperios en español sobre el ardor del suelo mientras perdían parte de sus pertenencias por el camino. La playa era pequeña. Agradecieron que hubiera pocos bañistas. En su mayoría eran locales que superaban la mediana edad, cuya preferencia era practicar la tranquilidad de la natación en soledad. Pese a lo solitario del lugar, no tenían muy claro dónde podían dejar todos sus bártulos. Mientras se decidían, un paseante se dirigió a ellas.

—*Buongiorno, signorinas.*

—Buenos días —corearon.

—*Spagnolas?*

—Sí, estamos viajando por toda Italia en tren —dijo Paula con ese ademán amigable y complaciente que elegía para interactuar con los desconocidos.

El hombre quebró su expresión, sus labios se tensaron y movió la cabeza de un lado al otro.

—*Viaggiate da sole! Quattro ragazze da sole nel sud!*

La indignación sacudió a María por completo. De un golpe seco tiró la toalla a un espacio claro entre la abrupta superficie de la playa. Jero y Nadia no pudieron evitar reírse.

—¡Solas!

—*Quattro ragazze da sole, María, da sole* —se burló Jero.

—¿A ti te parece que viajamos solas? No viajamos solas, joder. Viajamos cuatro *ragazze* juntas.

—Se refiere a que no nos acompaña ningún...

—Sé a lo que se refiere, Paula, y por eso me cabreo tanto —interrumpió María arrojando el vestido con desdén junto a la toalla.

A Jero y Nadia se les descontroló la risa mientras Paula y María continuaban su discusión.

—No puedes modificar lo que ellos piensen. Y menos un hombre prejubilado. Quizá le estés malinterpretando.

—No me jodas, tía.

—No te calientes. Puede estar diciéndolo por otros motivos. La Ndrangheta, por ejemplo.

—La Ndrangheta no actúa aquí, ¿no?

—O por la Camorra.

—O por las violaciones.

—O por los volcanes —apuntilló Nadia con un tono infantil.

—Bueno, parece que nos instalamos aquí, ¿no? —concluyó Jero, colocando su toalla al lado de la montaña de ropa desordenada de María, antes de empezar a desvestirse.

La oscuridad de la piel de Jero destacaba al lado de la palidez mortuoria de Paula. Las demás reprodujeron el procedimiento escasos segundos después. Paula sacó el libro que estaba leyendo antes que la toalla. La extendió en el espacio libre que quedaba cerca de María y en el margen superior colocó pulcramente el libro con la cubierta boca arriba. Podía leerse el título de *Tormenta de verano*.

—¿Tienes la menor idea de la cantidad de violaciones que se producen solo en Italia?

María no iba a abandonar el tema así como así. Paula aspiró una gran cantidad de aire seco y caliente mientras subía tanto la mirada que sus ojos se quedaron casi en blanco.

—No, no lo sé. ¿Y tú?

—No tengo ni idea, pero me refiero a que, si a unos tíos se les va la olla y se cepillan a alguien contra su voluntad, no pueden justificarse con que viajaban *da sole*.

Paula la escuchaba y sintió un temblor. Se abrazó el cuerpo blancuzco, solo cubierto por el bikini rosa palo que potenciaba más su carencia de color. Algo en el discurso de María o en el modo colérico de pronunciarlo la había perturbado, erizándole hasta levantar todos los pelos de la piel.

—Mira, has conseguido que ahora me sienta insegura.

—Tranquila, Paula —la calmó Nadia mientras comprobaba su teléfono—, el Vesubio está inactivo desde el 44 y no creo que vayamos a morir sepultadas en lava. Lo asegura la Wikipedia.

—Qué pena. Acabas de frustrar por completo mis delirios de patricia petrificada —ironizó Jero.

—Y... —añadió Nadia pausadamente, con la mirada aún fija en la pantalla— según un artículo de *VICE*, la tasa de violaciones en España es mayor que la de Italia. Por estadística estamos más seguras aquí que en casa.

—Las estadísticas contrastadas de *VICE* me hacen sentir una seguridad que te cagas —dijo Jero.

Las dos amigas empezaron a reírse descontroladamente. María se tumbó al sol enfadada. Tenía tendencia a comprender el humor de Jero y Nadia como una burla. Paula abrió su libro. Jero y Nadia siguieron cuchicheando entre ellas. Se las oía reír a intervalos. Imitaban esas posiciones retorcidas y asustadas de los cuerpos que habían contemplado una semana atrás en Pompeya. María se puso los cascos y le dio al play a la lista de reproducción de iTunes que se había hecho para el viaje. Seleccionó al azar una canción de Ty Segall de unos años atrás.

El mal humor se le pasó al primer acorde.

Nadia reptó por el suelo hacia las toallas, contorsionándose en su escenificación macabra. Repetía la palabra «lava» con voz lúgubre, lo que hizo resoplar a Paula. Llegó hasta los pies de María como un muerto viviente fosilizado y se subió encima de su cuerpo, aplastándola por completo. Se quedó allí inmóvil. Jero le sacó el auricular izquierdo de la oreja para ponérselo en el oído derecho y también se tumbó a su lado. María repitió en voz alta el estribillo de la canción, cantando: «Cause sheeeee don't miiiiind. Nothiiiiing. Nothiiiiing». Al fin un poco de paz.

Track #3: Atrophies – Blanck Mass

Tras varias maniobras adelante y atrás, el barco acabó encallando en un pequeño muelle privado. No sabían exactamente en qué parte de la isla estaban. Ninguna población cercana se vislumbraba, solamente la playa iluminada por las luces de la fiesta. A María le sobrevino cierto desamparo al observar la fiesta desde la distancia. Era un punto concentrado de fosforescencia y devorado por la oscuridad a su alrededor. Los opacos del paisaje, grises y oscuros, se cernían con silencio y quietud sobre ese foco de hiperactividad.

María se sujetó el pómulo con las puntas de los dedos y dejó caer sus párpados. Pero cerrarlos no hacía desaparecer nada. Incluso así resistían los alaridos y los fosfenos. Un empujón por la espalda contrarió su tristeza. Abrió los ojos y avistó cómo los cuerpos de Nadia y Jero seguían la inercia de la corriente de la marabunta que empezaba a buscar el modo de evacuar el ferry. María sabía que no podían quedarse en la cubierta. De hecho, daba igual dónde se encontrara, ya que iba a sentirse mal de todos modos. Así que sacudió el brazo de Paula para unirse a la voluntad motriz de los demás.

La inconsistencia de Paula la angustió. Hubo un abrazo prolongado entre Paula y María, más estimulado por la incapacidad de determinación de María que como acto de amor. En el tiempo que no supo qué hacer, el peso de su amiga se desplomó sobre sus brazos. Paula se dejó caer, sin oponer ninguna resistencia a la fuerza de la gravedad.

—¡Mierda, Paula, pon algo de tu parte! —La frustración e impotencia de María se tiñó de rabia.

Paula no contestó. Nadia y Jero remontaron el gentío en su ayuda. Batían sus brazos a contracorriente entre codos y omoplatos ajenos. Cuando alcanzaron la barandilla, María únicamente supo expresar una negación de cabeza. En esa riqueza del lenguaje corporal, exenta de verbalización, ni ella misma sabía a qué estaba diciendo que no. Posiblemente a que no podía ella sola con el peso de Paula. O quizá, a que Paula no estaba en condiciones. Lo que sí quedaba claro era que ni sabía qué hacer, ni por qué las cosas se empecinaban en suceder del modo en que sucedían.

—Esto no ha sido una buena idea —dijo María.

—Fue Paula la que insistió en que viniéramos a la fiesta —contestó Nadia.

—¡Qué me estás contando! Lleva delirando desde que salió volando por los aires —dijo

exasperada María.

Jero se agachó, desapareciendo del punto de visión de las demás. Inspeccionó el vendaje que ella misma había improvisado en la pierna de Paula. Se soltaba por el sudor, pero la hemorragia parecía estar controlada. Volvió a apretar el esparadrapo.

—Esto no sangra. Hay que moverla —dijo Jero.

Algunas personas saltaban por la borda, haciendo el agua estallar. Sus cuerpos flotando en el aire recordaban al de Paula esa mañana en el camino. No daba la impresión de que las aguas tuvieran profundidad. Fuera como fuese, siempre emergían y fluían sus cuerpos hacia la orilla. Sin embargo, la gran mayoría de los pasajeros se apelotonaban en el muelle produciendo un efecto embudo. Abandonaron el ferry arrastrando los pies de Paula por la cubierta. Nadia y María la asían por las axilas con dificultad, con movimientos patosos que las impactaban contra terceros. Ya fuera por los golpes o por el dolor de su pierna, Paula salió de su vahído. Cojeaba dolorida y ese dolor la mantenía despierta. Descendieron hacia la playa por la rampa del muelle.

Jero abría paso delante de la tullida, insultando a todo el mundo. Gesticulaba con los brazos para compensar que su cuerpo era pequeño y flacucho. María la observaba y se enorgullecía. Era un secreto a voces que alababa la hostilidad de Jero. Envidiaba esa vigorosidad, aunque anatómicamente su cuerpo era mucho más fuerte. María no había sido capaz de llegar por sí misma a la conclusión de que ser borde era menos peligroso que ser impulsivo. Confundía repulsión con agresividad. Jero era una pulga y la mayoría de las veces se quedaba en la elegancia de soltar un moco en el momento adecuado. María tampoco había sido capaz de deducir que Jero potenciaba su lado más desagradable para marcar una distancia entre ella y los demás. María envidiaba también la justa moral de Paula y la excentricidad de Nadia. Era muy consciente de los defectos de sus amigas, y aun así los deseaba porque no creía haber potenciado ninguna cualidad propia. Era una analfabeta de sí misma y del funcionamiento de ese manantial de emociones. Tenía dieciocho años y estaba constantemente asustada. Era lo único que conocía de sí misma: el miedo. Y era precisamente el incordio de ese miedo lo que ponía su propia realidad a prueba. Lo que la activaba para no convertirse nunca en alguien que no deseara ser.

I can't know what I'm bout to do
When I can't know what I'm bout to do
I'm what the fuck happened
And I can't know what I'm bout to do.

DEATH GRIPS,
«The Powers That B»,
The Powers That B, 2015

Track #4: Rave on U – Against All Logic

La pierna de Paula tenía muy mal aspecto. Jero estaba en lo cierto, no sangraba, pero se le había hinchado de camino a la fiesta. La herida se abría y cerraba a cada paso que daba, como una boca hablando de esa carretera llena de rocas; rocas que causaban heridas; heridas que emanaban coágulos de una paleta de rojos que parecían morados. Ninguna se atrevió a decir que lo más sensato hubiera sido ir al médico. Todas callaban esperando que el tiempo, por sí solo, pusiera las cosas en orden.

En la playa de Capri había reunida gran cantidad de gente que, en su diversidad festiva, desprendían una uniformidad aplastante. Casi todos vestían igual: un grupo de chicas en bikini, conjuntados con shorts o minifaldas con lentejuelas, tíos con el torso descubierto y embadurnado con una base de *glitter*, o adolescentes con ligeros vestidos de noche cuyos colores les parecieron estridentes bajo la luz negra.

—Reunión de garrulos —bufó Jero—. Podría ser Ibiza.

—Qué va. Allí solo se puede hacer botellón fuera, que es gratis. De tranquis —respondió Nadia.

—Me refiero a la gente.

—¿Barra libre por lo que hemos pagado aquí? Es a saco de caro en una rave en una playa de Ibiza. Solo los que no entramos en las discotecas somos así de garrulos.

—Entonces me estás dando la razón. —Jero frunció el ceño, desconcertada con la conexión de pensamiento de su amiga.

—La peña que entra en las discotecas es superchic.

—Lo dudo mucho —intervino María.

—¿Por qué? Son discotecas de electrónica con tíos y tías operados haciendo de gogós. Ves una de vestidos pijos en las colas de las discotecas que ni te imaginarías.

—Supongo que por eso mismo no me parece chic.

—Qué esnob —dijo riéndose Nadia.

—No lo soy.

María bajó la vista algo avergonzada.

—Te encanta la electrónica, pero solamente cuando los que la bailan van vestidos como si salieran del MOMA —apuntó Jero—. Aquí tenemos un problema si crees que la cantidad de

silicona por centímetro de piel es inversamente proporcional a su intelecto y conocimiento.

—Es solo que... ¿estás defendiendo modificar tu cuerpo para convertirte en un estereotipo?

—No. Estoy diciendo que el físico es una cosa y no tiene por qué ir ligado a que tengan un carácter más o menos interesante.

María se puso mucho más nerviosa de lo que ya estaba.

—Hay que desmontar esos clichés.

Jero adoptaba un tono de voz neutral cuando su intención era reconfortar a alguna de las chicas, aunque sus enunciaciones de buena fe no siempre eran bien aceptadas. María nunca las encajaba bien, eran como un flagelo. Paula preguntó, fatigada y débil, por alguna foto que documentara la historia de Nadia. Las demás la obligaron a sentarse en un taburete, cerca de una barra improvisada que quedaba completamente alejada de los DJ. La altura del asiento mantenía su pierna recta e inmóvil, sin embargo, su cuerpo caía hacia delante. Equilibraron su espalda contra la barra.

Nadia desenfundó su teléfono del bolsillo del pantalón. Tenía el gesto sumamente aprendido. Si no llevaba ya su dispositivo móvil en la mano era porque había necesitado ambas para transportar a Paula. La compulsión de visitar las mismas webs y certificar sus comentarios con datos encontrados en internet estaba incrustada en ella como esas protecciones de plástico antirroto de las pantallas táctiles. La virtualidad la hacía estar más convencida de la realidad.

Giró sobre sí misma varias veces, haciendo posiciones absurdas con el móvil. A ninguna de las otras le resultó extraño, dentro de la lógica de Nadia, que bailara con el teléfono. Posiblemente era su más fiel amante. Sacudiendo el pequeño aparato de arriba abajo era clavada a una de esas chicas de pupilas sobredimensionadas y estrellas puntiagudas clavadas en el iris que vestían a lo marinero en el manga. Nadia devoraba esos seriales japoneses uno tras otro. Paula puso un mal gesto, que fue suficiente para que Nadia le pasara su teléfono de una vez.

En la pantalla se veía a un montón de personas sentadas en el arcén de una calle. Las botellas de alcohol los rodeaban por completo. Todos emulaban euforia con la exageración de cuando va a tomarse una foto.

—No sales tú —mencionó Paula.

—Ya, a mí normalmente las fotos de grupos de peña que no conozco no me dicen nada. Pero es una de las mejores que tengo de los botellones de Ibiza.

—¿Hola? —intervino Jero—. ¿Las fotos de peña que no conoces no te dicen nada y sigues a tres mil desconocidos en redes sociales?

—*Touché.*

Todas salvo Nadia se rieron.

—Yo hice la foto, por eso no salgo.

—A mí me gusta —dijo Paula—. Por cierto, te acaba de llegar una notificación del chico ese

con pecas.

—¡Bah! Le voy a dejar en visto.

—¿Por qué? —se extrañó Paula.

—Porque estamos de fiesta.

—Hace veinte años no existían las redes sociales y nadie se cabreaba si no respondías los mensajes al momento —se entrometió María, dándole la razón a Nadia.

—Hace veinte años no habíamos nacido, qué coño vamos a saber —soltó Jero.

—Todo el mundo lo dice.

—Repetir lo que no hemos entendido o no sabemos a ciencia cierta no hace que sea verdad.

Paula había perdido el hilo de la conversación. Su mirada seguía el turno de palabra de las interlocutoras sin que el mensaje llegara a crear ni una chispa de conexión neuronal.

—Envidia la espontaneidad de antes de las redes sociales —se atrevió a añadir María.

—Se puede ser espontáneo en la red —respondió Nadia—. No sé, la gente de antes perdía el tiempo igual, solo que en otras cosas.

—A mí me cansa mucho tener que estar respondiendo los mensajes de todo el mundo y lo de tener que ser visible en redes. No me importaría nada priorizar más lo que de verdad hago. Mi día a día. La vida que vivo justo ahora. No tener la necesidad de compartirlo todo constantemente para demostrar que es real en un mundo paralelo. Es cansino eso de competir constantemente.

—Pero ¿qué dices, María? —se molestó Nadia—. ¿Competir? ¿Demostrar? No sé en qué clase de internet vives.

—Es encender el teléfono y tener treinta mensajes por responder. No me gusta. Me genera ansiedad. La amistad, el amor o la familia sobreviven porque tienen que ver con algo distinto a estar conectados las veinticuatro horas. Es otro tipo de afecto. Uno sin pegas. No sobreviven por la cantidad de mensajes que envías al día.

—Demostrar que los amigos son más amigos, los amantes más amantes, las familias más familias es la frivolidad de internet. Hay mucho más.

—Sí, creo que en eso tienes razón. Yo lo uso como herramienta para encontrar lo que me gusta.

—¿Rollo?

—Pensaba en música, pero ¿por qué no? Es genial para conocer gente con los mismos gustos. Se quedan el tiempo que interactúas con ellos y luego desaparecen.

—Sin él estaríamos más solos.

Jero negaba con la cabeza cada aportación de Nadia y María. Paula estaba absorta en su fatiga y en algo más fácil que una discusión. Había vuelto a ladear su espalda para apoyar la frente en los antebrazos mientras pasaba las fotos del teléfono de Nadia con el pulgar.

—Nadia, con internet o sin internet, ya estamos solos —espetó por fin Jero, cansada de gesticular—. Y, María, dices que apuestas por el presente, pero con nosotras te pasas el día

mirando al pasado. ¿Queréis dejar de decir gilipolleces?

La violencia de las palabras de Jero era equiparable a la sensación de culpa que sentía por lo ocurrido horas antes en Mitigliano.

—Tía, a eso lo llamo yo tomarse el tema de internet en serio —dijo Nadia tras la bomba de hidrógeno de su amiga—. Algo ha cambiado, pero algo sigue igual. Que la peña pase delante del ordenador las horas que antes dedicaba a ver la tele solo indica una cosa. ¡Y es lo que me encanta de todo esto! Antes el estímulo se recibía pasivamente. A no ser que consideres algo «activo» el hecho de cambiar el canal apretando un botón del mando a distancia...

—¿El gran cambio es apretar el del ratón?

—¿Te imaginas? —se tronchaba Nadia, destensando el ambiente—. Ahora tienes la posibilidad de ser activo o pasivo, observar o producir. Antes, con la televisión, no. Cuando María decía eso de investigar sobre música se refería a que muchas veces una cosa te lleva a otra apretando un botón. Incluso a crear contenido nuevo, ¿verdad?

María asintió.

—Creo que ves con demasiados buenos ojos el poder de elección que te da la red. Como si en internet no pudieran manipularte.

—Hablando de manipular —volvió a la conversación Paula—, ¿podrías responderle de una vez a este chico? Ha seguido escribiéndote. Parece buen tipo.

—No, gracias. Elijo permanecer en silencio. Como en el pasado del que habla María.

Paula extendió el teléfono hacia su dueña.

—El pasado no era silencioso. Mira la cantidad de correspondencia que se mandaban al día en el siglo dieciocho o en la época victoriana. Siempre me ha hecho gracia aquello de que en una misma mansión mandaran a los sirvientes con notitas de habitación en habitación para los *affaires* de los señoritos. Era preferible esperar una nota a encarar a un romance con una visita. Es como si disfrutáramos, antes y ahora, con todas esas esperas e incomodidades de mensajearnos. Aunque, si te detienes a pensar en ello, es lo que hace que entre en juego algo muy importante para el romance: la fantasía.

Paula se calló. Su rostro pareció divertirse con algún pensamiento.

—¿De qué te ríes? —preguntó Nadia.

—No sé por qué, pensaba en Mary Shelley. Solía quemar todas sus cartas con Percy. Aunque se dice que la mayoría de ellas eran para reprocharse cosas cuando no vivían juntos. Pero pensaba en el momento en el que se enamoraron en la casa de su padre, cuando Percy iba a visitar a Godwin. Les imagino enviándose notas y quemándolas luego, justo como en Snapchat. Es divertido pensar qué tipo de notas y charlas son las que te hacen fugarte con alguien a los dieciséis años. Va, contesta a ese mensaje.

—¿Quién es Mary Shelley? —preguntó Nadia.

—¡Tía, por favor! —explotó Jero.

—La autora de *Frankenstein* —dijo Paula.

—¿El de los tornillos en el cuello?

—Estaba hecho de partes de cadáveres, pero sí, el de los tornillos —respondió Paula.

—Si el amor romántico le hizo escribir historias de terror, prefiero no contestar a ese mensaje.

—Bueno, el amor romántico y la pérdida de sus bebés —dijo Paula.

Nadia miró el teléfono con desconfianza. Leyó los mensajes por encima y apagó el móvil.

—Vas a dejar espacio a la fantasía, veo.

Nadia se encogió de hombros.

—¿Apagas el teléfono para que Paula no descubra tus fotos guarras? —bromeó Jero moviendo los pechos de Nadia en círculos con ambas manos.

—No soy tan imbécil de guardar ese tipo de fotos en el teléfono.

—Nadie dice que seas imbécil —dijo Jero en tono solemne, antes de saltar sobre la espalda de Nadia y sujetarse en sus hombros.

Jero intentó trepar para que su amiga la cogiera, en un gesto amistoso pero lleno de torpeza e ímpetu. Nadia perdió el equilibrio y giró sobre sí misma, hasta que las dos acabaron chocando contra dos chicos sudados que bailaban desde hacía rato cerca del grupo. Uno parecía mayor que el otro. El menor parecía bastante soso. Pese a que debía tener la misma edad que las chicas, su apariencia era aniñada y andrógina. Él se quedó embobado con el choque, mientras que el mayor parecía agradecido de que los cuerpos de dos chicas le hubieran caído literalmente encima. Las abrazó más de lo necesario para parar el golpe.

Un escalofrío recorrió a María al observar brazos masculinos envolviendo a sus amigas. Había conseguido no pensar en Mitigliano en todo ese rato. ¿Cómo había podido olvidarlo ni que fuera por unos minutos? ¿Qué clase de persona es capaz de superar todo ese peso? ¿Cómo era posible que la piedra alzada en su mano hubiera desaparecido por unos minutos de su cerebro? ¡Había sido ese mismo día! Cuando ante la expectativa de lo que pudiera ocurrir ella había actuado como los padres dicen que no debe hacerse, porque la sociedad dice que no debe hacerse, porque alguna religión dijo que no debe hacerse. Porque está mal. Objetivamente está muy mal, pero los sucesos que provocan reacciones de miedo existen, están ahí para que te choques contra ellos. Y estos sucesos también están mal y María se había sumergido en ellos esa misma mañana.

El chico mayor reparó en la expresión de terror en María. Levantó los brazos en un dramatizado gesto policial. Independientemente de si el gesto le liberó de algún juicio, sí liberó los cuerpos de Jero y Nadia. Para evitar hacer o decir alguna tontería, ya que estaba fuera de sí, María giró el rostro completamente. Llamó la atención del camarero con la mano y pidió cuatro cubatas. Funcionaron como cebo perfecto para volver a unificar al grupo alrededor de la barra.

Nadia se encaró a Jero y empezó a beber mirándola fijamente. Era su modo de retarla. Perdía

quien dejaba de beber, por lo que, normalmente, las dos concursantes terminaban el tubo de un trago. Jero siempre picaba en ese juego. Se dejaba enloquecer por las tonterías de Nadia, por esa conexión que las acoplaba como un enchufe universal. Juntas no tenían filtro y eso les gustaba. A María también le gustaba. Sin embargo, no podía evitar creer que ellas dos tenían una relación mucho más fuerte entre sí que con cualquiera del grupo. Tal vez fueran los celos de María frente a ese vínculo lo que la llevó a permanecer siempre alerta: lo que las llevó a permanecer siempre unidas.

Track #5: Rewind - Kelela

Antes de conocerse, las personalidades de las amigas ya estaban bastante definidas. María tenía el recuerdo del primer encuentro con ellas como una de esas ilustraciones llenas de luz psicotrópica de los dioses indios. Era el primer día de secundaria para todas. Nadia y Jero inundaban con su presencia el pasillo del colegio. Eran más que evidentes en ese lugar, para bien o para mal. Todo el mundo se fijaba en ellas o, en su defecto, practicaba esa hipocresía de no darle importancia a algo que realmente está captando por completo tu atención. Nadia hacía el tonto. Estaba subida a una de las barandillas de la escalera exclamando que era una foca. Daba palmas con las manos pretendiendo deslizarse por la barandilla, pero no se movía ni un centímetro. La acompañaba Jero, la cual se reía de la teatralidad animal de la otra. No solo eso, la animaba e incrementaba su fantasía con un sinfín de recomendaciones para que llevara a buen puerto la transformación a animal de feria. Desde el momento en el que María se percató de la existencia de esas chicas, ellas repitieron el proceso hasta en tres ocasiones. Creyó que les faltaba algo en la cabeza, no obstante, solo carecían de pudor. No podía apartar la mirada. Jero recomendaba a Nadia que cogiera más impulso. Nadia se tiraba en plancha contra el pretil pretendiendo deslizar su estómago y su pecho poco desarrollado como si se tratara de los márgenes de una piscina en los espectáculos de Marineland. Cansada de no deslizarse, vigorizó los meneos con la cadera con movimientos ondulantes. Seguía incrustada en el mismo punto y no paraba de reírse del modo más escandaloso imaginable. Jero le lanzó un pescado imaginario que Nadia pilló imaginariamente al vuelo. Sonó el timbre de llamada a clase.

—«Vamos, niña, ven conmigo» —le indicó Jero emocionada.

—«Vamos hoy a divertirnos. Yo te pintaré un bigote. Necesito un buen azote» —cantó Nadia bajándose por fin de la barandilla.

María tuvo un flechazo, de esos que te hacen sentir vulnerable y condicionan todos tus actos. Las degeneradas estaban cantando. Y lo que cantaban era una canción que ella conocía muy bien. María no se imaginaba que nadie en su clase pudiera sabérsela. No porque fuera desconocida, el grupo estaba bastante de moda en los foros y webs de música indie nacional. Además, ella había ido a conciertos de la banda y había visto a niñas de su edad cantando esa misma canción. Era la extrañeza de encontrar en la escuela a dos personas con gustos similares a los suyos lo que la desconcertó. Tanto que enseguida dio un paso al frente, plantando ante ellas su metro ochenta con

ojos desorbitados por el interés. Algo en su desplazamiento fue excesivo por honesto e impositivo. Al no ir acompañado de ninguna expresión verbal resultó bastante forzado. Nadia y Jero empezaron a reírse y María sintió un pinchazo ante la idea de que se estuvieran burlando de ella. Por alguna razón necesitó gustarles. La risa de Jero era especialmente cruel, penetraba de un modo sádico en sus oídos. La de Nadia era estridente, como la carcajada de un niño. Jero continuó el espectáculo delante de María.

—«Con amigos y extraños coincidimos en los baños. Siempre te gustaron largas. Amarga baja, amarga baja.»

—«Ni valiente ni inconsciente es la marca en nuestra frente. Amantes en un precipicio. No me vengas con que es vicio» —arrancó a cantar María.

Nadia tuvo un calambre de excitación y empujó a Jero haciéndola rebotar contra las paredes del pasillo. Jero le devolvió el empujón verbalmente con una palabrota que resonó en todos los pasillos de la escuela, y que llamó la atención de otra desconocida.

Paula se giró desde la puerta del aula al oír los insultos de Jero, como el resto de los compañeros. Quedó estática y con la palidez de una estatua del Gandhara. No había escándalo en su gesto, ni alarma, ni sarcasmo por pretenderse más pura que el significante lanzado al aire y que ahora rebotaba sobre la indignación de los otros alumnos del pasillo como una pelota de goma. Había en ella una curiosidad que intentó ocultar. Ella había estado hablando con una chica enjuta de rasgos varoniles, que aparentaba ser mucho menor de lo que era. Lo parecía por su corte de pelo a lo champiñón y la elección de un vestuario holgado que empequeñecía su cuerpo de un modo infantil. Sus facciones tenían algo de cobaya o de nínfula, pero del tipo deslucido que los adultos no han cosificado y sexualizado porque resulta que todavía acoge los desagradados de las niñerías. Se trataba de una compañera suya de la primaria. Aunque para Paula también era el primer día de instituto, no lo era en el centro que pisaba. Allí había cursado primaria y estaba expectante por encontrar nuevos rostros. Cuando escuchó los gritos del pasillo, tuvo que detener la conversación.

Afuera, las tres chicas que jaleaban y vestían del modo en que a Paula siempre le hubiera gustado hacerlo. Eso alimentó su interés. Las observó no ya como si fueran bichos raros, sino como los personajes libres y delirantes de las ficciones que frecuentaba en los libros. Había romantizado lo suficiente la ficción como para quedar impresionada de que seres así no solo habitaran en su cabeza y en el papel. Cuando vio que Nadia proponía a María inspeccionar el centro, Paula sintió que algo la arrastraba a unirse a la expedición. De pronto, las cuatro se estaban mirando. Fue justo en ese instante cuando el grupo de chicas nació.

Track #6: High By The Beach – Lana Del Rey

El juego de ver quién bebía más había captado la atención de los dos chicos contra los que Nadia y Jero se habían estampado. Se daban codazos y murmuraban con jarana frases en italiano. El mayor parecía interesado en la locura que brotaba de María. La observaba con la cobardía de quien, en vaivén, aparta la vista si se le descubre con las manos en la masa y las vuelve a posar cuando no puede ser juzgado por ello. El más joven desprendía una apatía brutal. Se deshacía en movimientos suaves y lentos ante la distensión de Jero y Nadia, que no parecía sacarle de su amodorramiento. Era su compañero quien conocía el modo de incitarle y motivarle. Los dos tipos empezaron a tocar palmas rítmicamente mientras acompañaban la palabra *faster* a cada trago que ellas tomaban. No surtieron efecto alguno sobre Nadia y Jero. Sin embargo, fruto de un onanismo de sus propias voces cada vez gritaban más y más alto. Eso motivó una reacción sobre la gente que deambulaba a su alrededor. Una cadena de exclamaciones se amplificaba y no tardó en formarse un corro alrededor de Paula, María, Jero y Nadia. Aullaban y silbaban. El barullo multiplicaba el efecto llamada de más curiosos. Se juntó tal multitud que María quedó relevada a tercera fila de acción. La gente empujaba y alzaba los brazos para captar con sus teléfonos lo que no alcanzaba su vista. La muchedumbre había enloquecido y a María, aislada en su paranoia, le empezaron a perturbar las reacciones burdas de los demás. Los individuos que seguían acercándose las fueron alejando hasta que María perdió de vista por completo el pequeño cuerpo de Jero.

Se repetía.

¿Estaba sucediendo otra vez?

María hiperventilaba. Por la mañana había sido la primera en ser bloqueada por el grupo del coche. El suelo sin pavimentar quemaba y sus amigas desaparecieron de su campo de visión. Solo pudo ver las sudaderas moradas de los chicos. Cárdeno, morado, violáceo. Fue a lo que alcanzó su reducida perspectiva cuando las forzaron a dividirse en medio de la carretera. Si te sujetan por el cuello contra el pecho de alguien no es que puedas percibir muchas cosas. Bueno, puedes notar también el ardor de la arenilla en las rodillas y el olor a sudor cuando te restriegan la cabeza contra el pectoral fofo y blandengue de tacto algodónoso.

María, además, notó el peso de la piedra en su mano.

En el taburete de la barra Paula doblaba su estómago replegándose hacia dentro. Tenía la misma

apariencia que esos libros manoseados por la lectura que habitaban siempre su bolso. Desde la distancia, aguantaba la mirada nerviosa de María. En una rara empatía, el dolor de la pierna de Paula se extendió hacia las piernas de María; como si el coche la hubiera atropellado marcha atrás a ella en vez de a Paula. Le temblaron las rodillas y notó que le faltaba el aire. Sus brazos se extendieron para alcanzar a Paula, pero era materialmente imposible. El bullicio truncaba su camino. Y solo era capaz de repetirse: «Otra vez no».

Paula se limitó a arrugarse algo más sobre sí misma. Sonreía con tensión, sin complacencia, allí sentada como una mártir. Así fue también esa mañana. La muy sádica sonreía.

—Así no. Otra vez no —farfulló María.

Una mano le agarró la muñeca, sacándola de su aturdimiento. María se resistió y empezó a gritar hasta percatarse de que era Nadia quien la cogía, con expresión chisposa. Tiraba de ella para conducirla hasta el centro del corro. Los dos chicos que habían empezado el jaleo bebían ahora a través de un excesivo artilugio compuesto por un sistema de embudos conectados a tubos de plástico blando. El público tenía tal frenesí que no podía distinguirse si todos estaban silbando o si eran los ritmos los que se acoplaban con el gentío. Nadia empujó a María hacia el centro del corro y quedó expuesta al vacío del cerco con dos trapiés.

El mayor de los dos chicos le indicó con la mano que se acercara. En cuanto se percató de que no habría reacción alguna por parte de ella dio algunos pasos a su alrededor. Se tomó su tiempo para generar más expectativas en el público. Observaba el cuerpo de María y se mordía el labio. Respondiendo al alboroto del público, delineaba formas con sus manos en el aire. Lo hizo durar, disfrutando del momento mientras sus pasos planetarios le acercaban más a ella. Terminó su rotación colocándose a espaldas de María para meterle uno de los tubos en la boca. Ella fue abucheada al negarse y arrojarlo con humillación. El chico le agarró con fuerza el mentón con una mano y con la otra aprisionó el tubo en su boca, inmovilizándola.

El chaval más joven empezó a verter cerveza por el embudo.

El líquido se deslizaba por el tubo pringoso hasta su boca. La velocidad con la que el alcohol bajaba no iba a la par con su habilidad para beber. A los pocos segundos María estaba colapsada por la virulencia del descenso. Con las manos intentó retirar el tubo, pero su avasallador lo tenía amarrado con firmeza. Su segunda opción consistió en tapar el orificio con la lengua. Tan solo consiguiendo una reacción espumosa en la cerveza que facultó el avance de esta por la tráquea en vez de por el esófago. María dejó de tener claro si la mezcla de pompas y bebida caliente entraba o salía por su nariz o por su boca. Ya no era capaz de deglutir ni una gota, se estaba asfixiando.

Había perdido por completo la respiración desde hacía un minuto. Las sienas pulsaban y el músculo escaleno parecía que iba a separarse de la columna vertebral. No era muy distinta a la sensación de arder bajo el agua cuando aguantas mucho tiempo sumergido y te ahogas de verdad. No podía toser por culpa del plástico en la boca, por lo que todos los fluidos emanaban cual

fuente por su nariz. Empezó a dar palmadas sobre el pecho del chico y a roer más el miedo que el plástico. No fue un miedo muy distinto al que había padecido cuando el coche derrapó a unos metros de ellas, tras una nube de polvo en la estrecha vía de la Cala di Mitigliano.

Esa clase de pavores que te impulsan a gestos descontrolados, tales como agarrar una piedra del borde de la carretera al abrirse la puerta del automóvil. Un sentimiento que burbujea y es capaz de darte más fuerza de la que uno cree poseer.

De un manotazo, consiguió desprenderse del tubo.

Lo que quedaba en los conductos respiratorios y digestivos de María fue escupido contra la multitud que tenía enfrente. Su ropa estaba empapada y olía a cebada. En una búsqueda desorientada halló a Jero y Nadia entre tipos con los teléfonos en la mano. Que se estuvieran desternillando de risa hizo desaparecer su ansiedad. Ambas estaban empapadas, por lo que dedujo que habían pasado por lo mismo. Jero le dio un lengüetazo a Nadia y le dijo que estaba muy buena.

La reacción de Nadia hubiera sido imitarla haciendo algo supuestamente voluptuoso, pero un desconocido pasaba un brazo por encima de su hombro. Sus amigas sabían que Nadia modificaba su actitud hacia ellas cuando aparecían hombres en escena. Su atención se desviaba. Sin que pudiera evitarlo, sus amigas desaparecían del mapa, aunque se encontraran a escasos pasos. El macho en cuestión era totalmente anodino y enclenque. No llevaba camiseta y lucía un antinatural moreno anaranjado por haber pasado más tiempo del requerido en la máquina de rayos UVA.

El ánimo de María se estaba relajando cuando sintió el toqueo de una mano en su espalda. Comprobar que era uno de los chicos casi la mata por asfixia la crispó. Al dejar el centro del corro, la relevaron dos chicas corpulentas de pechos enormes y flácidos. El tipo que le había acanalado la cerveza en los morros no se manifestaba muy deslumbrado con las nuevas valkirias del espectáculo. Les había dado el juego de tubos y embudos, abandonándolas con ellos a su suerte. Las dos tetudas habían preferido usarlos como mangueras para verterse alcohol por todo el cuerpo. Al público le estaba encantando, pero a él le había impresionado más María.

—*Stai bene?* —preguntó con una sonrisa.

María se giró arrebatada y le empujó con ambas manos, derribándolo sobre la arena.

—¡Cabrón!

Ahora era el chico el que parecía descolocado. Avergonzado, por algo que no entendía haber hecho mal, entornó los párpados sin perder la sonrisa, que ahora se veía de lo más estúpida en su rostro. A María le pareció que la mueca del chico se asemejaba bastante a la de Paula. Se levantó del suelo sacudiéndose la arena de los pantalones. Luego se reunió con su amigo e hizo un par de movimientos con las manos, indicándole que todo estaba en orden.

—*Sei stato battezzato dalla baldoria.*

—¿Quién mierdas es este tío? —dijo María, señalando al desconocido que acababa de hablar y

recostaba la cabeza sobre Nadia.

—Un italiano —obvió Jero.

—*Un italiano* —dijo él en italiano.

—Un italiano, ya. ¿Tienes nombre, chaval?

—¿Nombre? *Nome?*

—Que cómo te llamas. *What's your name?*

—Giulio.

—Julio.

—Giulio.

—Lo que sea, ¿nos vamos? —preguntó María a sus dos amigas e ignorando al chico.

—Esta noche vamos a estar colgadas en miles de redes sociales —dijo Nadia, dándose una palmada en la frente—. Mira cuánta gente está grabando el show lésbico de las dos rubias.

—Nosotras no hemos dado un espectáculo tan erótico. Ellas ganan.

—María, mírate la camiseta —advirtió Jero.

—Se te marcan los pezones, eres mona y tienes las tetas bien. —Nadia se miró un momento el cuerpo y añadió—: ¿Por qué mis padres me hicieron con estas tetas tan pequeñas?

—Además, dos tíos te estaban sujetando mientras te empalaban a alcohol —matizó Jero con sinsabor.

—Estupendo —contestó María imitando el tono de su amiga.

—Nos ha pasado lo mismo a Jero y a mí. Ha sido divertido. Ponías una cara muy graciosa, tía.

—Me estaba ahogando —vociferó María.

—Pues como cuando te tragas la lefa de una mamada. Sarna con gusto no pica.

Nadia contemplaba al chico mientras le respondía a María. Sentía placer al pensar que podía decir cualquier tipo de obscenidad y su acompañante no se enteraba de nada.

—¿A ti te gusta que se te corran en la boca, Nadia? —preguntó Jero.

—A mí me encanta que se corran en cualquier lado siempre y cuando después me dejen satisfecha.

—No, mujer, lo que hay que hacer es correrse antes, si no te dejarán a medias.

María se incomodó durante la conversación de sus amigas. Nadia siguió hablando mientras manoseaba a Giulio.

—¡Quizá Jero tiene razón y es mejor hacerles esperar porque entonces van a mil y una puede correrse dos veces! Lo probaré al revés.

—¿Sexo anal? —dijo Jero.

—No, imbécil. Que me corra yo primero. Aunque todo se solucionaría si nos corriéramos a la vez.

—¡Oh, Nadia! Eres toda una romántica. —Jero puso especial énfasis en la última palabra.

—¿Qué? Se puede —dijo mirando a María, buscando su aprobación.

—Yo qué sé.

María intentaba quedarse al margen de la conversación y se le atascó la siguiente frase en el pescuezo. Sintió el peso de la piedra en su mano, pero no había nada en su palma.

—No he follado tantas veces. En eso me lleváis ventaja las dos.

Jero llevaba rato observando lo desenfocada que estaba María. Había estado esperando que la fiesta y el alcohol, las conversaciones desenfadadas y la música, hicieran reaccionar a su amiga. Jero apoyó la mano en la cadera de María y, aunque le hubiera gustado decirle algo reconfortante, lo único que logró verbalizar fue que en realidad la única que follaba allí con regularidad era Nadia con El Pecas.

—Al Pecas, siendo tan freak, le molará el *bondage* —añadió acto seguido.

—¿Tú eres gilipollas, Jero?

—Un poco.

—No le mola el *bondage*.

—Vaya, qué pena. Te pega hacerlo raro. Hubiera estado bien, ¿no crees, María?

En silencio, María abrazó a Jero. La desigualdad en la estatura dejaba los pechos de una a la altura de la cabeza de la otra. Jero la rodeó por la cintura y levantó el rostro con visible preocupación. El único modo de que María no viajara al pasado era atándola al presente y sintió que era su deber devolverla a donde ella creía que cualquier persona pertenecía, a su presente.

—Lo hacemos raro. La última vez me llevó al cementerio de Puig de Misa por la noche y nos lo montamos allí. Me empotró contra una tumba.

El gran inconveniente de todas las extravagancias y comentarios fuera de lugar, dichos sin meditar ni masticar, de Nadia radicaba en que casi nunca fuesen interpretados con la ingenuidad con que ella los ejecutaba. Hablar de sexo y tumbas tras el incidente de la Cala di Mitigliano era un ejemplo. ¡A quién se le ocurre! A Nadia, por supuesto.

—No sé si al tío le va lo morbos, pero a mí me va el rollo de los espacios públicos. Así que fue la puta hostia —continuó Nadia.

—No le confieses eso a Paula, le va a dar un ataque. Acerquémonos a verla —propuso Jero, algo inquieta, al darse cuenta de que la habían dejado sola demasiado rato.

—No pensaba contárselo. Parece que ya tiene comprado el vestido de dama de honor para mi futura boda con él. La verdad es que nos gusta follar, pero no me veo toda la vida a su lado.

—Toda la vida es mucho tiempo —dijo Jero.

—Hasta que te llevan al cementerio donde unas niñas como nosotras follarán sobre tu tumba —bromeó Nadia, inclinando la cabeza hacia arriba para comerse con los ojos a su ligue—. Quizá al italiano le va el rollo de los zombis. ¿Qué dices, italiano? Julio, tú, ¿te molan los cadáveres?

—*Cadaveri?*

—Sí, cadáveres.

—*Come? Cosa stai dicendo?*

—*We were speaking about have sex on morbide places like cemeteries. And she is asking if you like this kind of stuff.*

—*Non capisco* —dijo él, con un ademán de perplejidad—. *Parla con me in spagnolo que credo di capirti meglio quando parli la tua lingua.*

—Será mamón —se ofendió Jero.

—*Bebiamo?*

—No sé si no te entiende porque los españoles hablamos un inglés pésimo o porque los italianos lo hablan aún peor.

Después de decir eso, Nadia siguió bebiendo, Jero se cruzó de brazos y a María le entró agonía de pensar primero en los cadáveres y después en que se habían olvidado nuevamente de Paula.

Track #7: Broken Flowers – Danny L Harle

Ascendían por el sendero que comunicaba la Cala di Mitigliano con la carretera con el cuerpo lleno de arena y sal. Aunque sudaban, la piel les tiraba a cada paso que daban. Los mosaicos salinos en la epidermis, estimulados al caminar, cuarteaban su tersura en una incomodidad agradable. Con el chapuzón final esperaban andar el camino de vuelta más frescas y soportar mejor el calor de la tarde. No contaban con que la evaporación del agua iba a quemarles la piel. Lo cierto es que no contaban con muchas cosas, así en general. Los sucesos se las iban evidenciando sobre la marcha. Nadia cargaba con el parasol. Lo llevaba abierto para protegerse de los rayos ultravioletas propios de latitudes geodésicas del Mediterráneo. Un parasol nunca te protege por completo, pero ayuda. La sombra hacía el trayecto más llevadero. Jero se le había agarrado del brazo. Daba igual que el contacto de piel contra piel las hiciera sudar más y les entorpeciera el paso.

—«You can stand under my umbrella» —les cantó María.

—«Ella, ella, eh, eh, eh» —corearon entre todas.

Les encantaba identificarse con letras pop de lo que ellas creían ser tiempos remotos. Tan remotos como siete años atrás, cuando aún eran unas niñas. Como la mayoría de los mortales, habían mitificado la cultura popular de su infancia hasta la burla. Especialmente María, quien caía en la presunción de lo alternativo pese a que escuchaba a Kendrick Lamar.

—¡Ah! Mierda pop —dijo María.

—Las canciones pop tienen las letras más universales del mundo —precisó Nadia.

El camino era empinado y montañoso, mucho más de lo que percibieron a la ida y exageradamente más de lo que el GPS les indicó como un trayecto corto en la plana apariencia de un mapa 2D. El paisaje, repleto de arbustos bajos y matojos requemados por la exposición solar, se les hacía pastoso en la boca. Habían tragado la arenisca de sus propios pasos más de lo que Nadia pudo soportar. Paró en seco y, aniñada y caprichosa, se negó a seguir andando. Encalló el mástil del parasol entre las rocas apiladas que construían un pequeño muro de escasos palmos de altura y clamó por alguna bebida. Jero la imitó colocando el culo en el suelo pedregoso para no perder la sombra. María se les unió y extendió la mano hacia Paula, quien cargaba con la neverita de playa.

Paula jadeó contrariada. En su planificación del día había fijado tomar el ferry de las 19.00. Lo

había elegido por ser el penúltimo, anticipándose a que, si por algún casual lo perdieran, siempre quedaría la opción del de las 20.30. Y por algún casual sus compañeras habían decidido darse un chapuzón al que Paula ya había accedido a regañadientes, y por alguna otra razón ahora decidían hacer un alto en el camino que la mosqueaba el doble. Creía a pie juntillas en que para que las cosas salieran bien el orden debía ser riguroso. Ese orden estaba siendo alterado. Mientras rebuscaba qué líquidos les quedaban dentro de la nevera de plástico, calculó mentalmente el tiempo estimado para llegar al autobús de Termini, el trayecto a Sorrento y el horario del ferry.

—Están calientes —dijo Paula, esperando que esto frenara su impulso por perder el tiempo.

—Da igual. Este calor es insoportable —gimoteó Nadia.

Paula repartió las cervezas y se dejó vencer por la idea de descansar unos minutos a la sombra del parasol. Abrió su cerveza, que reaccionó salpicándolas a todas. Nadia empezó a vacilar con desperdiciar su cerveza contra ellas. Esto inició una batalla en la que las demás lucharon por quitarle la lata. Consiguieron derribarla al suelo con facilidad, dada la superioridad numérica, y la acorralaron a cosquillas hasta que imploró que pararan. Exhaustas, se sentaron de nuevo en el pequeño muro y trataron de terminar lo que les quedaba de bebida.

Encontraron de lo más asqueroso el alcohol tibio en su garganta. Jero y Nadia se llenaban la boca con la cerveza, gargareaban y la escupían lo más lejos que podían. A cada escupitajo vitoreaban la hazaña, con más o menos efusividad en función de lo lejos que esta llegaba.

—De mayor solo quiero dedicarme a escupir desde una zanja —dijo Nadia.

—De mayor... ¿y qué somos ahora? —rio María.

—Mutantes —respondió Nadia, haciendo que su escupitajo llegara hasta las rocas amontonadas del otro lado del sendero.

—A veces me siento mayor de lo que realmente soy —afirmó Paula.

—Qué dices, atontada —saltó Nadia—. No tenemos ni un cuarto de vida. No tenemos pasado. Lo que más tenemos es futuro. Así que no podemos ser muy mayores.

—Yo tengo pasado —afirmó Paula.

—No. Tienes experiencias de mierda —puntualizó Jero.

—Pesan.

—Ya —dijo Jero sin saber qué añadir.

Se hizo un silencio. Y luego Jero volvió a divagar.

—No voy a estudiar en la universidad el año que viene. Ellos quieren que lo hagamos. No voy a hacerlo.

—¿Ellos?

—Todos.

—Ah.

—¡Estoy harta! Te hacen sentir como un perdedor si no tienes una carrera. Te hacen correr en

línea recta. A lo loco, en pelotón, sin pensar, pero obligándote a decidir sobre quién eres, qué quieres, en qué eres útil, en qué te pueden sacar tajada al módico precio de una permanencia y aceptación en esta sociedad. Y todo ¿para qué? Para acabar conformándote con ser un cero a la izquierda.

—Lo de cero a la izquierda es muy Robert Walser —comentó Paula.

—¿Qué?

—Nada. ¿Y qué harás si no vas a la universidad? Tendrás que ponerte a trabajar y terminará siendo lo mismo, ¿no crees?

—El tiempo trabajado es tiempo perdido —sentenció Jero—. No es tiempo para nosotros.

—De mayor siempre puedes venirte a mi verja a escupir. Te preparo té con pastas y escupimos un poco —dijo Nadia.

—De mayor voy a reinventarme.

—Para reinventarte tienes que inventarte. —Paula se puso morfológica.

—Pues no va a ser a costa de pagar a viejos que me enseñen cosas de viejos, en sus viejas universidades con sus viejas ideas. Dándonos un mundo ya maniatado que condiciona nuestra manera de ver la realidad, que ya tiene suficientes cosas mal hechas por culpa de lo que ellos han hecho mal o no han hecho.

Esa idea era completamente contraria a lo que significaba la universidad para Paula. Para ella era un flotador que le iba a permitir acceder a gran cantidad de libros. Valoraba lo que de ellos pudiera sacar, las experiencias que habían llevado a sus autores a trasvasarse en papel. Era indulgente con ellos, aunque tuvieran ideas contrarias a las suyas. Miró a su alrededor buscando un cómplice que no encontró. María hizo una mueca que desfiguraba su bello rostro no sabiendo qué aportar, y Nadia forzaba gorgoritos con la cerveza.

—Hacer fracasar expectativas, esperanzas o posibilidades solo va a frustrarte. Tienes adicción al descontento y al hastío. Si quieres cambiar el rumbo de tu vida, antes tienes que elegir uno —dijo Paula finalmente.

—Para ti es fácil —se quejó Jero—, tienes una vocación muy marcada. Te encantan los libros. Yo no tengo ni puta idea. Yo empiezo un montón de cosas, veo que son una soberana gilipollez, me dan pereza y las dejo sin terminar.

—Si no, piensa en lo paradójico que será. Ahora eliges no estudiar, tu cambio de rumbo será hacerlo en un futuro.

—Nunca me ha gustado aquello de que o eres esto o eres lo otro. Quizá haya otras vías.

—¿Como cuáles?

—Yo qué sé.

—Invéntalas —dijo Paula, triunfante.

Esta vez fue Jero la que se giró sin paciencia hacia María y Nadia buscando apoyo de algún

tipo.

—A mí no me mires, mis escupitajos y yo no tenemos ni zorra idea de qué queremos ser, aparte de escupidores y escupitajos.

—Yo tampoco lo sé —añadió María.

—No mientas. Es tan evidente que Paula estudiará algo que la acerque a la literatura como que tú lo harás con la música —opinó Jero.

—Qué claro lo tienes. Lo tienes más claro que yo —respondió María.

—Sería un insulto que no lo hicieras —declaró Jero.

María se levantó del muro. Necesitó variar de posición por pura incomodidad. Era incapaz de creer que pudiera dedicarse a la música, pese a que le encantara. El temor a apostar y perder dilapidaba su potencial, como si permanecer en la duda la escaqueara del juicio de los demás. También la sorprendía que sus amigas pudieran tener una opinión para todo. Paula interpretó su puesta en movimiento como que el descanso había terminado. Determinada, se aferró a ello y empezó a andar. Eludió los quejidos de Nadia. Continuó su camino y las demás terminaron por seguirla. La carretera resultó hallarse no mucho más lejos del punto en el que se habían detenido. Una vez en ella, Paula miró su reloj y se relajó.

Quedaron embobadas unos segundos con la belleza de las vistas. La isla de Capri flotaba imponente frente a ellas: cónica como un pecho, aislada como la infancia, medio sumergida como el futuro. Parecía estar lo suficientemente cerca como para que Nadia fantaseara en voz alta con llegar a nado hasta allí. Se disponía a sacar su teléfono para tomar unas fotos cuando un coche pasó por su lado tocando la bocina. Se echaron a un lado, en el escaso arcén que dejaba la carretera comarcal, creyendo que impedían la circulación de vehículos. El coche se alejó por la vía prosiguiendo su concierto de claxon en do menor, incluso hasta cuando los destellos del sol sobre los cristales lo hacían imperceptible.

Todavía ninguna de las cuatro imaginó que los bocinazos tenían otro origen. Lo cierto es que todo podría haber sido distinto de haberse lanzado a nadar en dirección a la isla, como sugirió Nadia. No habría habido humaredas provocadas por derrapes. No habría habido voces masculinas ni rocas en la mano de María. Aunque lo más probable es que hubieran terminado todas muertas y ahogadas por el agotamiento de haber creído Capri más cercana de lo que realmente estaba. El futuro te mata así: por exceso de imaginación, o por agotamiento.

Track #8: Mutant Standard – Oneohtrix Point Never

Giulio zanjó la conversación batiendo la mano para que se dirigieran todos a la barra. Quería pasar a otros asuntos, como emborrachar a Nadia para llevársela a algún rincón oscuro. A Nadia no hacía falta emborracharla, tampoco hacía falta dirigirla a lugares oscuros.

María no fue a la barra.

Cuatro ritmos mal superpuestos con una base electrónica insulsa y repetitiva fueron suficientes para abstraerla y copar toda su atención hacia el epicentro del baile. Lo que había acariciado su oído fueron los ritmos de una canción de Nicolas Jaar diluidos en una remezcla nefasta. Daba igual que la canción quedara totalmente deconstruida, su reconocimiento la había llevado a otra dimensión. Dado su desfigurado y fragoso estado de ánimo, María flameaba en un plano que era tan auténtico como la aberración que estaba sonando. No obstante, se le antojó lo suficientemente atractiva como para pasearse cual sonámbula por la sala hasta donde se encontraban los DJ. Así, evitaba participar en el ritual en el que el italiano, claramente interesado en Nadia, iniciaba una charla vulgar para tantear el terreno con su amiga.

Miró a la gente bailar. María recordó la descripción detallada de los alemanes del albergue. La sensación de unidad no estaba en ninguna parte. Allí cada uno tenía su propia fiesta. Se movían desacompañados respecto a la persona que tenían al lado, completamente alienados. Confrontaban directamente sus cuerpos, chocando entre sí por descuidos y ensimismamiento. Una danza ególatra cuya diversión nada tenía que ver con los demás, más allá de ser parte del escenario idóneo. En otras palabras, era como si la reunión en Capri fuera un culto multitudinario a la experiencia de uno mismo en una rave de verano. No había amor plural.

La melodía cambió de nuevo, esta vez sin mezclas y completamente definida sonó la voz de Kanye West. La gente explotó. María conocía la canción, todos la conocían. Cualquiera podía identificarla y eso no le daba ni una pizca de gratificación. Por el contrario, la hizo retroceder hasta los pliegues de su memoria más reciente. Resonaba en su cabeza la voz de Nadia diciendo algo de que las canciones populares tenían las letras más universales del mundo.

¿Cómo era posible que le viniera eso a la cabeza? ¿Qué le había llevado a plantearse, escasos minutos antes de golpear con una piedra la sien de un hombre, su aprobación sobre la música pop? ¿Qué maldita conexión de pensamiento era esa? ¿Por qué tenía que ser la música, la música de Kanye West, la que le devolviera precisamente a esa tarde?

Al igual que aguantó ser penetrada por los embudos y plásticos en el corrillo de la fiesta o permitió ser derribada contra el suelo polvoriento y rocoso de la carretera, consintió en ese momento que cualquier tipo de pensamiento la entubara y ahogara sin más. Que sus recuerdos se mezclaran y solaparan con el presente, sin discernir qué había sucedido de día y qué pasaba por la noche. Empezó a imaginarse a sí misma fuera de su cuerpo. Se veía dividida en dos, como si otra María relatará lo ocurrido o le estuviera dictando qué debía sentir, qué debía pensar, qué debía gustarle. ¿Y aquella canción de Kanye West? Le gustaba melódicamente. No. Le encantaba cómo sonaba. La había escuchado mil veces. Qué diferente era bailarla en una fiesta a hacerlo en el comedor de su casa. Por supuesto que habían sonado sus canciones en su casa. Pero era distinto. No tanto por el contraste entre todo el decorado de luces y láseres frente a los muebles de carpintería barata de su casa. La variación estaba en la gente. Estaba viendo cómo los seres a su alrededor sentían placer al comprobar que conocían esa canción. Se dijo a sí misma que esa satisfacción de los otros no era muy distinta a la que ella experimentaba al escuchar a Sufjan Stevens o Joanna Newsom en la intimidad. Lo que se modificaba era la cantidad de miles de personas a las que llegaban esas emociones, pero el sentimiento era jodidamente el mismo. Y la calidad técnica se le antojó absurda frente a lo emocional, un capricho tan subjetivo como las emociones. Dudó por un instante de su sinceridad frente a la música, de sus prejuicios hacia ella y hacia las personas. Todas eran perfiles identificando canciones y mostrando y demostrando que las conocían. Un algoritmo, propio de plataformas musicales, pero en vivo, les unía. Tal carga de egos le pareció hermosa, y se sumó a ellos bailando sin ningún tipo de control. La hendió la incisión repentina del desconocimiento de todas esas canciones que le quedaban por sentir. Su insignificancia y pequeñez agrandaban el dominio del caos destructivo. La destrucción de un cráneo en milésimas de segundo, rocas incrustándose sobre un cráneo en milésimas de segundo. La discordancia entre los individuos reafirmaba lo que uno considera bueno. También la afinidad. El caos de María bailaba Kanye West oscilando entre la prepotencia y la sumisión. Lo mezclaba todo, lo contradecía todo, lo asolaba todo. El caos. El caos otra vez. Su adolescencia paseaba por la carretera de Mitigliano. Dejad que el caos venga y os devore. Probadlo y no habrá marcha atrás. Andará y quedará tan marcado como la pierna de Paula. ¿De verdad era ella misma la que hacía un rato había dicho que la música pop era una mierda? ¡Estaba bailando Kanye West! ¡Y de qué modo!

—¡Eh! ¿Eres María? *Che cosa fai?*

Había voces hablando en el aire. María codició que repentinamente todos se interesaran por ella, a fin de cuentas, ella estaba bailando la misma canción. Quiso que todos esos cuerpos de su alrededor la destrozaran por dentro, que le reventaran la cabeza a pedradas. Necesitó con la urgencia que tiene la desesperación que los otros tuvieran el poder de hacerle pedazos sus expectativas. Y aprender, aprender, aprender nuevas formas de realidad. Nutrirse de ellos.

Comérselos separándoles los huesos de las fibras para devorar su carne. Absorber el fluido de su melodía. Notar los pálpitos de sus corazones entre las manos y ensangrentarse con ellos. ¡Qué pegajosos quedan los dedos con la sangre! Deseó que aniquilaran sus realidades, su miedo al futuro. Sin embargo, no iban a hacerlo porque estaban tan ensimismados como ella.

—¡Estoy aquí! —gritó sin venir a cuento.

Nadie allí la conocía y no era posible que ellos supieran nada de lo ocurrido en la carretera. Todo estaba sucediendo en su cabeza. Volvió a gritar. Quizá era el alcohol. O Kanye West. O el miedo. La asustó la desconfianza que se generaba a su alrededor. Se sintió terriblemente sola y empezó a andar de un lado a otro para alcanzar la barra y a sus amigas. En ningún momento le pasó por su desequilibrada cabeza que su comportamiento era lo único que estaba propiciando todas esas miradas. Estaba completamente fuera de sí y era el centro de atención. Sintió que era la manzana podrida contaminando la fiesta. Iba a ser ese virus que les diseccionaría los sesos de cráneo. A pedradas. Ella sabía que era capaz de eso y sintió que los demás, de algún modo ilógico, también lo sabían. Lo decían los reflejos de Mitigliano en sus cristalinios, que María veía claros y enormes como pantallas de plasma retransmitiendo en HD. Los ojos de los danzantes la habrían observado entre la vegetación de la carretera, tan afilados como las hojas de los pinos, camuflando sus pupilas entre el ramaje de los olivos cargados de frutos. Era eso. Alguno de ellos debió estar observando. Estaba allí y había corrido el rumor. Si aguzaba el oído podía escuchar el siseo. Había oído esas voces antes.

—*Assassina*.

—*Viajamos da sole* —dijo María.

—María, eres María, *certo*? —Esa frase no le sonaba.

—*Bebiamo!*

¿O no lo murmuraban?

Sí que lo hacían. En la oscuridad en la que María estaba sumida lo hacían. Y quizá fuera de su cabeza susurraban también algo del estilo de «*povera bambina*», que ella deformaba a «*povera assassina*».

Notó unos cachetes en la cara mientras daba repentinos cambios de sentido. No conseguía enfocar quién de entre la muchedumbre era el que la estaba sacudiendo. María necesitaba a Paula, Jero y Nadia. Las necesitaba con urgencia. Intentó correr, pero los brazos de algunas personas la sujetaron. ¡Qué bello que la agarraran de ese modo porque querían bailar con ella! ¡Cuánta hermosura que atrajeran sus rostros pegajosos hacia su cuello para susurrarle al oído que iban a violarla!

Querrían llevársela en el coche para violarla.

¿O no?

¿O eso había sido antes?

¿Estaba en Capri o en Mitigliano?

Disculpáda.

María intentó frenar toda esa vomitona de pensamientos inconexos para ser lo más racional que su caos le autorizaba. La cabeza le daba vueltas y su disfunción temporal unía presente, pasado y futuro en uno. Encajaban a la perfección. Las preguntas y las conversaciones se le apelotonaban.

—*Putanas.*

—Según un artículo de *VICE*... dicen que es un sentimiento no muy distinto a la fe.

—*Vuoi sposarmi per una notte soltanto?*

—Dicen que no saben en qué internet vivo.

—¿Qué? María, ¿me oyes?, ven por favor.

—*Bellissima, entra in machina.*

—*Dai, dai!* ¿Me oyes? ¿Me entiendes?

Su delirio derivó en alucinación. Quien había dicho esa frase era el chico mayor del corrillo, el mismo contra el que Nadia y Jero se habían estampado. Sin embargo, su cuerpo mudaba de apariencia desasiéndose y aglutinándose en una masa desbocada. Se le desfiguró el rostro hasta tener la misma apariencia que aquel hombre con la sudadera morada. Fueron cayéndosele partes de su cuerpo, quedando esparcidas a sus pies que no estaban en la carretera sino en la arena de la playa de Capri.

—Qué puto asco. ¿Qué hace por el suelo toda esa mierda que tenemos dentro? Esos... ¿cómo se llaman las partes asquerosas que tenemos dentro?

—¿Sentimientos? ¿Pensamientos?

—No, los trocitos viscosos.

—¿Órganos? ¿Visceras? ¿Humores?

—¡Humores! Eso es: humores. Muy divertidos.

María se cubrió el rostro con las manos cuando entre ese descontrol de voces estallaron unas risotadas fantasmagóricas. El ser con el que dialogaba seguía alterando su forma. Era imposible que se tratara de los chicos del corrillo de la fiesta, porque algo en la lógica de María le decía que no podían estar hablando en castellano. Tampoco podían ser los hombres de las sudaderas moradas de la carretera. Solo le quedaba rendirse a aceptar que su distorsión era lo más real que podía comprender. Esa voz con cuerpo intentaba obligarla a tragar agua.

Resonó el eco de Paula.

—No puedes modificar lo que ellos piensen.

—No puedes modificar lo que ellos piensen.

—No puedes modificar lo que ellos piensen.

—No puedes modificar lo que ellos piensen. *Putana.*

María no era Paula. Nadie era Paula. María no entendía cómo Paula podía ser Paula y

sobrellevar las circunstancias. Ella era incapaz de controlarlas, arrasaban con todo llevándola río abajo sin control. Si tan siquiera pudiera detener el tiempo para que los sucesos dejaran de solaparse. Todo se estaba retorciendo. Todo encajaba tan bien que hacía pensar que los demás sabían lo que estaba pasando. Era mejor no pensar para que ellos no pudieran entrar en su cabeza. Debía dejar la mente en blanco o todo el mundo vería el suceso de Mitigliano.

El vaso de agua volvió a empotrarse en sus labios mientras la figura que le daba de beber se convertía en una especie de metamorfosis animal grecolatina cuyos cuernos profetizaban el rapto de Europa entera. El peludo entrejejo enojado auguraba que, si no bebía, habría cabalgaduras sobre su lomo y que sus testículos de toro rubicundo se vaciarían contra ella. Así que tomó el recipiente entre sus manos para evitar la furia del monstruo.

La extraña criatura agarró a María por la cintura. Para no coaccionar más a su cerebro sobre el hecho de que los minotauros no existen y tenía uno enfrente, este empezó a proyectar frases que ya había escuchado alguna vez.

—Trágate todo.

—¿Te gusta que se te corran en la boca?

—Con amigos y extraños coincidimos en los baños.

—*Sei davvero una donna facile, uh?*

—No he follado tantas veces, en eso me lleváis ventaja.

—¿Qué dices? Joder, tía, reacciona. Si vas puesta esto te ayudará —dijo el toro.

—*È una figlia di puttana assassina.*

—María, cárgatelos. Cárgatelos a todos.

—*Cadaveri?*

La presencia taurómaca relinchaba fatigada ante María, allí quieta con el vaso en la mano, palpándolo como si realmente no estuviera entre sus manos, como si ni ella misma estuviera en Capri. El hocico del animal remugaba dilatando sus fosas nasales y mudando su expresión facial. En ese estado onírico, María no luchó ni forcejeó más. Estaba cansada. Abrazó a ese engendro mitológico. Entre tanta mutación seguro que podían crecerle unas alas que batieran en vuelo lejos de esa isla del sur de Italia, lejos del mundo y sus sucesos. Se frotó contra el confort que el vello animal le proporcionaba a su rostro. Era una evasión mullida y, con tranquilidad, recorrió desde la mejilla hasta la barbilla los pelillos de la criatura. La bestia se separó agarrándole la cabeza con la pezuña. Le presionaba los mofletes para obligarla a abrir la boca igual que el tipo del cerco de los embudos de plástico. El resultado fue el mismo: tal como entró el fluido salió en aspersión. No era agua, estaba salado y lo vomitó junto con todo lo que había en su estómago.

—Vas a estar bien —la calmaba la bestia mientras sujetaba el pelo de María para que esta no se manchara de bilis—. Eso es, suéltalo todo.

La orquesta de diálogos se estaba desvaneciendo, del mismo modo que la cornamenta de su

interlocutor. No eran astas, sino las ondulaciones del pelo de ese chico que se emperraba en obligarla a beber rodeada de gente por segunda vez.

—¿De verdad? Hablas español —dijo María, incrédula.

—Sí, hablo español de verdad —se cachondeó él, e intentó abrazar a María para reincorporarla.

—¡No me toques! —gritó temblando.

—*Scusa*.

María dio varios traspies y se abrió paso entre la multitud para alejarse de ese ser que había mudado de máscara tantas veces. Desconfiaba de su cambio a ser humano. A hombre que intentaba apaciguarla habiéndose comportado como un cretino al inicio de la noche. Vestía aún como un adolescente, pero algo en él agasajaba vejez. Quizá fueran las hendiduras alrededor de la boca, la fisonomía más marcada o la decadencia de la actitud de haberse sentido guapo de joven. Realmente el chico no debía de tener más de veintiocho años, solo un escolar sería capaz de considerarlo viejo.

—Solo quería ayudarte. Algo les sucede a tus amigas.

I go to loud places
To search for someone
To be quiet with
Who will take me home
I feel music in your eyes
I have never reached such heights.

JAMIE XX,
«Loud Places»,
In Colour, 2015

Track #9: Let It Happen – Tame Impala

Nadia reunió a todo el grupo a su alrededor. Alzó su teléfono lo más lejos que le alcanzaba el brazo para enmarcarlas en la pantalla. Se apretujaban entre ellas superponiendo los rostros. Al fondo, Capri no se veía representada ni con la mitad de imponencia de lo que lucía al natural. Parecía un peñón quemado por el sol, un vaporoso trozo de tierra sin encanto. Aun así, se sacaron algunas fotos, cambiando de posturas, exagerándolas para forzar mejores perfiles. Ahora con labios de besugo, luego mostrando pecho o finalmente sacando la lengua. Comprobaron el resultado para mofarse de sí mismas. Acto seguido decidieron que debían tomar más, ya que el resultado no era del todo satisfactorio.

Mientras se preparaban para la siguiente ráfaga, otro coche se aproximó hacia ellas tocando el claxon. Las pillaron haciendo el pavo en pos de una foto y se sintieron un poco estúpidas. Volvieron a echarse a un lado para no ser arrolladas, adentrándose otra vez en el sendero de Mitigliano. El auto aminoró la marcha, avanzando casi en punto muerto. Cuando pasó por su lado descubrieron que el conductor era un hombre de mediana edad con inicios de calvicie y blusa desbotonada a la altura de la barriga. Su mujer iba de copiloto y detrás se sentaban dos niños bastantes crecidos. El varón lampiño bajó la ventanilla del lado de su mujer para poder repasarlas sin el incuestionable impedimento que supone un cristal transparente.

Creyendo que necesitaban algún tipo de ayuda, Paula y María dieron un par de pasos hacia el vehículo. La vergüenza no les duró mucho y su rostro cambió ipso facto cuando el conductor abrió la boca para expresar su más sincera aprobación estética con un «Belles». Toda esa escena fue aliñada con la banda sonora de un bocinazo, tan ondeante en su extensa vibración atonal de ciclos repetitivos como las melodías de William Basinski. María no pudo contenerse de lanzar una ojeada a la mujer y a los críos. La *madonna* italiana, de cuyos pómulos huesudos caían en cascada unos pellejos lo suficientemente rellenos como para no estar arrugados, esbozaba un rictus. Protegía la cobardía de sus ojos tras unas enormes gafas de sol, tiesa como un palo. En la aprobación de su gesto estático Paula sintió lástima por ella. María la hubiera sacudido por los hombros. No favoreció que se apaciguaran sus deseos no realizados el que los dos niños rieran y aplaudieran a su padre desde la comodidad de sus asientos traseros. El coche retomó su ritmo normal hasta alejarse en un estrépito de pitidos.

Nadia y Jero se divertían a costa de los resoplidos de María.

—Respiras tanta indignación que te sale por la boca —dijo Jero.

—Deben de tocar el claxon con el rabo —se mofó Nadia, colocándose el parasol entre las piernas mientras lo zarandeaba.

María encasquetó sus auriculares en los orificios auditivos y seleccionó de entre sus descargas un disco de Mac DeMarco. No quería oír las bromas de Jero y Nadia ni las relatividades de Paula. Enseguida retomaron la marcha por la estrecha vía que unía la Cala di Mitigliano con Termini. En ciertos tramos había diseminados algunos chalets entre vastas extensiones de cultivo. Era un lugar muy solitario. Solamente los ojos negros y verdes de los olivos las seguían. Sin embargo, los árboles eran tan bajos y deshojados que no llegaban a ocultarlas ni del sol, dejándolas a la intemperie. Pasados unos minutos, los hombros de las chicas se habían coloreado de rojo. Nadia y Jero, no queriendo tener la marca de la camiseta, se desprendieron de ellas quedando en bikini y deportivas. Si Paula no se hubiese negado taxativamente, Nadia no hubiera tenido ningún reparo en hacer topless. Jugó a enseñar los pechos durante fracciones de segundo por el puro entretenimiento que le producía el apuro de su amiga durante aquellos segundos en los que el aire entraba en contacto con sus pezones.

Anduvieron a zancadas pesadas y soñolientas. No habían comido nada más que unas porciones de fruta reblandecida. Aquello era un páramo del turismo a la usanza sin supermercados ni chiringuitos. La región disfrutaba del veraneo calmado de matrimonios con hijos y viejos jubilados que alquilaban o poseían casonas como primera o segunda residencia. De esas en las que el cine europeo se siente tan cómodo sentando a interlocutores alrededor de una mesa a hablar con más o menos pedantería sobre los sinsabores de la vida de la gente de mediana edad.

Sus tripas hablaban y sus músculos se resentían de la actividad en la playa. Habían estado buceando por todo el perfil de la cala en busca de unas cuevas submarinas, esperando ver algunos peces. Les palpitaban los bíceps bajo la piel por el esfuerzo acuático y por el peso de las bolsas que cargaban repletas de artículos de playa. El cansancio y las ganas de aguantar hasta la fiesta de Capri restringieron el malgasto de energía, limitándolas a guardar silencio. Maldijeron el Mediterráneo, tan seco.

Al poco rato, las adelantó otro coche pitando con ímpetu. Esta vez las voces dentro del automóvil no eran tan tranquilas, aunque vitoreaban igual en italiano. Detrás le seguía un segundo vehículo que, envalentonado por el eco del anterior, repitió el procedimiento. Daba la impresión de que estos dos coches fueran juntos, porque tras avanzarlas empezaron un desconcertante espectáculo de frenazos y acelerones para adelantarse el uno al otro entre deslizamientos abruptos.

—Me tienen harta con sus erecciones incontrolables —vociferó María, arrancándose los auriculares de los oídos con un manotazo seco sobre el cableado.

—Estamos demasiado buenas —contestó Nadia.

—Más bien somos cuatro *ragazze da sole* —les recordó María.

—¡A ver! —dijo Nadia arrastrando las vocales—. Estamos en una región en la que se vende Birra Morena. Una cerveza cuyo logo es una mujer, un pibonaco del Mediterráneo, bañándose en espuma de cerveza.

—¿Qué quieres decir? ¿Que eso justifica que no debemos esperar nada de ellos? —cuestionó María.

—Más bien que andan como los burros en primavera —precisó Nadia.

—Pues yo paso de ellos —trató de zanjar María.

—Bien. Ese es el espíritu —aprobó entonces Jero.

—Para nada —canturreó Nadia—. Si te diera igual podrías demostrármelo desnudándote y bañándote en cerveza. Vamos, quítate esto.

Nadia se lanzó sobre María tirándole de la camiseta.

—No puedes cambiar el modo de actuar de los demás —dijo Paula al ver el espectáculo de Nadia y María.

—Eso ya me lo has dicho. Ya lo sé. Y se supone que hay que aguantarles sus paridas —se desfogó María—. Os juro que al próximo coche que pase y nos pite, le digo algo.

—Somos extranjeras aquí —le quitó importancia Paula.

—No me puedo creer que en Europa la peña siga actuando así.

—Esto es el Mediterráneo —apostilló Nadia.

—El Mediterráneo es Europa, ¿no?

—Libia también está en el Mediterráneo. Siria está en el Mediterráneo —se les encaró Jero—. Esto no tiene nada que ver con el choque cultural. Lo que remueve a María es algo más extendido.

—¡Pero esto es Europa! ¡Es Italia! —exclamó María.

Jero masculló la palabra «Europa» con un gesto de asco. Compartía la rabia y subestima de María por la gente, pero Jero solía detenerse más en los detalles y en elaborar su negativismo.

—A veces me fascinan los estereotipos racistas cuando vienen de personas que considero inteligentes. Sonáis de lo más... —Paró para pensar la palabra adecuada, pero no supo adivinarla—. Sois muy prejuiciosas.

—No tengo prejuicios.

—Sí los tienes, María.

—No soy nazi —refunfuñó María.

—¡Hostias, nena! Digo que suena a ese tipo de ideas racistas. No que seas una puta nazi.

A María le ardían las mejillas. Sintió vergüenza y rabia contra sí misma. Atropellando las palabras, se creyó instigada a aclarar su opinión sobre todo ello ante el tono burdo de Jero. No obstante, su enclenque amiga continuó embistiendo con su alegato:

—Europa tiene una imagen de sí misma. De lo ideal de sus valores. Su cultura, su sistema. Se

han dicho muchas mentiras solo para el bien de una élite. Un grupo de personas que necesitaban separarse del resto diciendo que lo único y válido, lo más y mejor, era lo que ellos eran, pensaban o se parecía a lo que ellos hacían. Encerrados en sí mismos, los europeos y Occidente solo aceptan o imponen valores que sigan siendo cómodos para ellos. Y nos hemos tragado con patatas esas ideas. Lo hemos interiorizado y repetido hasta el punto de crear prejuicios. Lo veo en los vuestros. Son sumisos además de pasivo-agresivos, instalados como sentimientos no muy distintos a la fe. Con eso os volvéis útiles para ellos y los mantenéis con sus privilegios. Y tú, María, tanto que enalteces el feminismo deberías saber identificar este problema mejor que nadie. Es el mismo, pero en otra circunstancia.

María había dejado la mirada perdida en el horizonte de la carretera. Mientras dentro de sí se cocía un hervidero de sentimientos de culpabilidad, vislumbró un coche en la lejanía. Pese a lo angosto del camino, conducía muy rápido y levantaba mucho polvo. Ya no atendía a la voz de Jero, que seguía divagando sobre lo cansada que estaba de la prepotencia y los discursos falsos. María percibió que eran otros dos coches a medida que fueron acercándose. O quizá los mismos. Cortó a Jero para indicarles que debían echarse a un lado, invadieron la propiedad privada de un campo de olivos en el retroceso. Efectivamente, eran los coches que habían pasado hacía un rato.

La aridez, partícula a partícula, no llega a ser molesta, pero la cosa varía cuando viene en acumulación. Todas esas partículas de polvo de la calzada, volando desbocadas, impactaron sobre las chicas y nublaron el entorno. María pudo degustar los granos de arena crujiendo en su lengua al son de pitidos entrelazados con un coro de voces gritando.

—*Ma che bellissime!*

—*Vuoi sposarmi per una notte soltanto?*

María dio unos pasos al frente después de que el coche las adelantara, alzó el dedo índice al aire y gritó con toda la furia acumulada a flor de piel:

—*Vaffanculo!*

Y en ese momento el tiempo se dilató. El primer coche dio un frenazo y derrapó en el escaso margen que permitía la carretera. Se quedó atravesado en el camino, quieto a unos diez metros de las chicas envuelto en su propio halo de polvo, rodeado de olivos como en una coronación vencedora a la catástrofe. El segundo coche dio un fastuoso frenazo para no chocar contra el primero. Sería imposible calibrar cuánto tiempo permaneció el coche inmóvil frente a ellas sin que sucediera nada. No soy tan omnisciente, ¡no pude percibir el tiempo exacto! Pero duró lo suficiente como para que la furia de María fuera sustituida por pánico, pánico por haber propiciado una situación como esa. Se giró hacia las chicas, estaban tan asustadas como ella, sus ojos fijos en el coche.

Sin más aviso que el de los neumáticos haciendo crujir la tierra, el segundo coche dio marcha atrás lentamente. Al retroceder frente a ellas pudieron advertir cómo un brazo con la manga de una

sudadera morada arremangada colgaba de la ventanilla del conductor. El camino quedó sitiado por ambas direcciones, así como la prolongación del tiempo. Los portazos del primer coche hicieron virar los rostros de las cuatro al unísono en la otra dirección. Descendieron del automóvil dos hombres con sudaderas igualmente moradas, como una cofradía, una hermandad, una homogeneidad violácea. María volvió a girarse aterrada hacia sus amigas. En un acto reflejo por el pavor de ser responsable de que ella y sus amigas estuvieran acorraladas, tomó violentamente una roca del camino. Paula también reaccionó. Empezó a correr despavorida, pero el coche que había retrocedido se lo impidió. La vulnerabilidad de su cuerpo voló por los aires y aterrizó estrepitosamente. María sujetaba tan fuerte la piedra en su mano que le dolían las yemas de los dedos.

Track #10: After the Fall – Chelsea Wolf

—Tu amiga, la de la pierna, ha empeorado. Te estaban buscando —dijo el chico que la había rescatado de su sueño ebrio.

Una descarga eléctrica le pulsó la nariz. La corriente eléctrica se expandió de ahí a sus extremidades, y quiso correr para ir a encontrarse con ellas, pero el chico la detuvo. Quiso llevarla despacio, hasta la barra donde estaban sus amigas, para que no se asustara. Allí, la tendencia de Paula al fatalismo la tenía recostada en el suelo, inconsciente. Un guardia de seguridad estaba acucillado cerca de ella con expresión de encontrarse ante la primera contrariedad de la noche. La vehemencia de Nadia estaba temblando, amarrada a la cintura de Giulio. No paraba de hacer preguntas, y se sacudía con la tensión de un surfista antes de levantarse sobre la tabla a la que se abrazaba. A Jero se le dibujaban dunas en la frente y estaba del todo paralizada. Cuando estableció contacto visual con María rompió su estatismo y fue hacia ella.

—¿Dónde coño estabas?

Como era habitual, María intercambió la intención de una simple pregunta por una interpelación sobre sus actos. Estaba a punto de excusarse cuando Jero la abrazó. Ambas estaban agarrotadas y se estremecieron.

—Estoy asustada —confesó María—. Creo que todo el mundo lo sabe. Me están hablando.

—¿Saber qué? —preguntó Jero.

—Lo de la carretera, lo de esta mañana...

Entre sus brazos María, sintió que todas las inquietudes reprimidas de Jero iban a estallar. Sus redondas facciones se descompusieron completamente. Burbujeaban con la arritmia de quien va a romper a llorar, pero eso no sucedió. Los lacrimales permanecieron secos mientras sus cejas arrugaban su frente pliegue sobre pliegue, y su boca se alargaba apretando los dientes.

—Todas estamos asustadas. Nos la hemos encontrado tirada en el suelo y no reacciona.

Así era. Ahí estaba Paula, recostada como si durmiera, pálida como cuando fue atropellada durante la encerrona de los hombres en la carretera. Al menos en la fiesta de Capri, María podía acercarse a ella; en Mitigliano no pudo. En la carretera todo tomó forma de estrategia bélica. Los hombres acorralaron a las chicas como a ganado ovino. Las amedrentaron con una actitud que dejaba muy claro que todo aquello no era más que una simple trastada entre ellos, en la que ellas

no iban a reírse. Paula resplandecía como una muerta, y su pierna como una trinchera de la Primera Guerra Mundial. Cada avance milimétrico era una derrota, una emboscada a la posibilidad de que nada de eso hubiera ocurrido. Proponerse la huida significaba que las trataran de desertoras, embistiendo sus cuerpos con el parachoques. Qué contradictorio fue que Paula sonriera tras haber salido volando por los aires como por el efecto de una explosión. Debió de creer que así iba a conseguir calmar las intenciones de los hombres de morado. María no sonrió. No quiso calmarles. Ella quiso golpearles una y otra vez con la piedra que tenía en la mano.

Nadia no descifraba lo que el guardia estaba diciendo. Sentía lo opuesto a la protección que debería infundirle su figura. Ese gorila mazado le hacía preguntas inquisitoriales en italiano, y ella no hacía más que volverse desesperada hacia Giulio, esperando que él pudiera explicarse mejor o hacerle entender algo. Sin embargo, el ligue de Nadia solo asentía pasmado. La cantidad de veces que el guardia le remarcaba la palabra *medico* la agitaba. No interpretaba si las estaba recriminando por no haber ido al médico, si indagaba la posibilidad de que ya hubieran ido al médico, si no había médicos en la zona, si quería saber si ellas eran médicos, si había algún médico en la fiesta, si el médico estaba viniendo, si se la iban a llevar al médico o si el mismo tipo de seguridad era médico. Este solo señalaba a Paula y sus gestos debían aclarar algo hermético que contenía la palabra *medico* una, dos, tres, cuatro, cinco, miles de veces.

Por fin, llegaron a la fiesta un par de personas vestidas con batas blancas. Las chicas se arremolinaron alrededor de los enfermeros con la estúpida esperanza de que ellos podrían obrar el milagro y transformar heridas en vino y, al tercer segundo, reincorporar a Paula de su lecho para que anduviera sobre las aguas de la playa caprese. Sus batas lo sugerían. Enfundados en su oficio, la pareja de sanitarios inspeccionó la pierna de Paula, le palparon el cuello, le abrieron los ojos, le toquetearon la cabeza como quien busca piojos. Hablaban entre ellos y, cuando se dirigían a alguno de los observadores que pululaban a su alrededor, parecía que se esmeraran en elegir las palabras que a las chicas les resultaban tan incomprensibles como el desplome de Paula.

—Quieren saber qué ha pasado —especificó el acompañante de María.

—Se cayó del taburete —dijo Nadia.

—Lo que pasó antes, ¿por qué tiene la pierna así? —insistió él.

Nadia se mordió el labio y emitió un sonido similar a un graznido. Sin darse mucho más tiempo para pensar farfulló que Paula había sido atropellada. Con esa información, el veinteañero italiano abandonó el español para mantener un corto diálogo con el personal médico. Tenía resolución y cogía soltura a cada respuesta o pregunta que los batas blancas le daban. Ellos no tardaron en reubicar a Paula en una camilla. Las extremidades de la desvanecida se menearon con la misma flacidez que al salir despedida contra el pavimento. Nadia sustituyó su temblor por un ademán de contrariedad y su balbuceo por gimoteos de reprobación. Existían pocas normas en la

base de su amistad, pero separar al grupo y dejar que extraños se llevaran a Paula no se encontraban entre las opciones de ninguna de ellas. Nadia se dijo que iría con ella. Así que se enderezó convencida hacia el camastro; no obstante, el guardia de seguridad la retuvo. La agarró del brazo con facilidad y violencia, retorciéndoselo a la espalda. La postura infligía dolor a Nadia a cualquier gesto o avanzadilla que ejecutara, e impedía que se acercara a los sanitarios. Jero increpó al pseudopolicía. Daba igual que vistieran sudaderas moradas o batas blancas, se movieran en coches que derrapaban o camillas que se llevaban a su amiga; los hombres decidían. Lo único que dejaban a su paso era ese sentimiento de frustración ante otra situación inesperada y la creencia de su ineptitud para conseguir que se resolviera de otro modo. Volvían a obligarlas a disgregarse. El cuarteto estaba siendo mutilado una vez más.

El chico que hablaba español intentó calmarlas. Añadía cierta melodía a las vocales como quien se dirige a un niño. Se le notaba en la cara que se percibía ventajoso por tener en su posesión más información que ellas. Tenía una mueca que casi alcanzaba la sonrisa. Se sentía orgulloso por ser útil en una situación como esa. Inició un largo monólogo lleno de apostillas que querían ser graciosas o restar importancia a la gravedad del momento. Reprodujo lo que los médicos le habían contado, resuelto a ser como los evangelistas que cobran protagonismo por los actos y palabras de otros. Explicó que se la llevaban a un hospital de la ciudad de Capri, un lugar no muy lejano, a unos diez minutos en coche. Según lo describió, era tan pequeño que ni valía la pena acercarse. También opinó que la mejor alternativa no era ir hasta allí para no serle de ayuda a nadie, sino quedarse en la fiesta a esperar hasta que el doctor llamase por teléfono. Casi se le iluminó el alma de santo salvador cuando añadió que les había facilitado su número de móvil, determinando con los enfermeros que debían ponerse en contacto con él tan pronto tuvieran noticias de lo que le sucedía a su amiga.

La segunda vez que dijo que todo iba a salir bien, Jero reventó.

—Tío, que tú creas que todo va a salir bien, no va a hacer que todo vaya bien.

—Ni nos habíamos presentado. Qué descortesía. Soy Tommaso, no soy el tío de nadie —dijo él con una sonrisa dentífrica.

—Mira, pedazo de mierda... —continuó Jero completamente fuera de sí—. ¿Quién cojones eres tú, gilipollas, para venir a decirnos si debemos o no debemos ir? Si queremos acercarnos hasta donde está nuestra amiga, vamos y punto. ¿Queda claro?

—Prefiero el adjetivo «caraculo», gracias —respondió Tommaso, como quien oye llover.

Por primera vez desde antes del incidente de la carretera, María soltó una carcajada. Fue como alimentar un chisporroteo con gasolina. Tommaso lo tomó como un triunfo y aprovechó el filón para dar rienda suelta a su verborrea.

—Y este chico de pelo polla rizado es mi *fratello* Flavio.

El grupo de muchachas reparó en que el menor de los tipos del corrillo también estaba allí.

Ninguna de ellas se había dado cuenta de su presencia. Estaba de pie con la mirada difusa, como si su cuerpo le hubiera jugado la mala pasada de seguir en este mundo mientras su mente flotaba libre. No hablaba ni se exhibía, se resguardaba en una posición de observador y acompañante a las situaciones a las que su hermano mayor le arrastraba.

—Escuchad, entiendo el drama —continuó Tommaso—. Y es estupendo que seáis tan amigas. Pero sed prácticas, aquí hay música, allí no vais a hacer nada. *Niente di niente*.

Las chicas se quedaron en un silencio siniestro. Tommaso advirtió que perdía a su audiencia y supo que debía virar su discurso, de modo camaleónico, para agradarlas.

—Aun así, tengo el coche por ahí atrás. Puedo llevaros hasta el hospital y nos aburrirnos todos en la sala de espera, si es que puede llamársele así a ese antro.

—Me encanta aburrirme en salas de espera. —Jero lo soltó con el más dañino de sus cinismos.

—Excelente. Siempre creí que el aburrimiento es el que te permite hacer grandes cosas en esta vida —dictaminó Tommaso—. *Andiamo*.

Flavio obedeció, trotando hacia el coche por separado del resto del grupo. El muchacho negaba con la cabeza al observar la conducta de su hermano. María y Jero repararon en esa actitud del menor porque era muy semejante a lo que ellas experimentaban cuando Nadia atraía a algún hombre a su círculo. Descubrían otra faceta de su amiga, una que les arrebatava su compañía. No podían evitar odiar a los chicos que Nadia atraía al grupo. Los integraba como si hubieran pertenecido siempre a él. Para ellas, esos chicos, que hoy eran Giulios y mañana vete tú a saber quiénes, se pegaban como moluscos intentando adherir sus ventosas sobre el cuerpo de Nadia sin importar la presencia de las demás. El grupo más bien estorbaba en la misión de conseguir la cabeza de su amiga a la altura del bajo vientre de esos galanes. Las amigas debían soportar que ella desplegara todas sus extravagancias de coqueteo. Opinaban que los romances de Nadia la distanciaban del resto, cuando lo indiscutible era que esos celos de María y Jero sí lo hacían.

Flavio las miraba del mismo modo: con un desprecio de movimientos blando y sin vigor, por pura envidia de tener que compartir la atención de su hermano mayor con unas perfectas desconocidas que, encima, iban con una superioridad moral que permitía insultarlos. Se ciñó a observar, sin interferir en la decisión de Tommaso. Una vez en el coche cayeron en la cuenta de que no había suficientes plazas para todos. Flavio y Giulio tomaron la iniciativa de sentarse en los asientos traseros antes de que Jero tuviera tiempo de proponer sentarse encima de alguna de las chicas. Le molestó que los dos jóvenes no tuvieran en cuenta el tema del espacio. A Nadia, por el contrario, le resultó una excelente ocasión para coquetear. Teatralmente, arqueó la espalda para potenciar la poca redondez de su culo en pompa y se sentó encima de Giulio. Jero resopló y expulsó una monserga que aclaraba que iría ella en el espacio que quedaba atrás por ser la más canija.

Cuando María accionó la manecilla de la puerta del copiloto, le bastó una ojeada al interior del

vehículo para que la náusea le trepara hasta el cuello. Nadie la estaba forzando a subir al coche, obligándola a tumbarse en el asiento mientras le presionaban el cuello con el antebrazo, pero no pudo evitar pensar en ello. Estaba entrando con la misma sumisión, en su recuerdo, que la mujer de las gafas de sol cuyo marido piropeaba a jovencitas por la carretera. Solo debía sonreír, callar y sentarse en el asiento del copiloto sin que sus verdaderos pensamientos cruzaran sus labios; ocultando el asco que le producía encontrarse, por segunda vez en un día, en el interior de un automóvil ajeno.

Queriendo apresurar la entrada de María, Tommaso giró la llave de contacto e hizo rugir el motor. No fue lo único que se activó al poner el coche en marcha. También lo hizo, a un volumen muy elevado, el estruendo de una melodía discordante de chillidos salvajes sobre una base en el cruce de caminos entre el industrial y el hip hop.

—*Scusa*. Estaba puesto de antes —informó Tommaso nervioso, mientras apagaba la música.

—Por mí déjalo, no me ha dado tiempo a saber qué es —sugirió María.

La melomanía, como de costumbre, le cambió por completo el humor. Presa de curiosidad por la canción, se había desvanecido la fobia.

—No creo que lo conozcas. No creo que te guste.

—Pruébame.

—No, da igual.

—¡Puf! Lo dices como si me estuvieras perdonando la vida —se quejó María, socarrona.

Tommaso la invitó a entrar con un gesto de la mano.

—*Ma no, María! Bellissima, entra in machina* y te dejó elegir la música que quieras.

Pese a que su actitud era diferente, había empleado la misma expresión que los individuos de las sudaderas moradas.

Track #11: Pornography – Travi\$ Scott

El azar le había hecho advertir a la chica foca y a su domadora. El impacto fue tan agresivo y causó tal lesión a María que se mantendría en su interior de por vida. Quizá si no hubieran estado juntas la impresión hubiera sido menor, pero las hipótesis se deshacen en caminos paralelos inválidos ya que nunca ocurrieron. A posteriori, descubrió valores que le hicieron quererlas individualmente, pero la llamada inicial fue conjunta. Y no solo por el combo. Paula jugó un papel bastante decisivo que terminó de dar coalición al cuarteto.

Paula se había presentado a las demás con una formalidad no procedente, pausando sus frases y empleando palabras de un registro que no casaba con la ocasión. Sintieron una rectitud en Paula que las demás desearon que destrozara. Creyeron que se echaba un farol cuando propuso que se colocaran en el hueco de la escalera. Pretendía ser un escondite, pero uno tan malo que si cualquiera se giraba hacia las escaleras las descubriría sin problemas. Como se trataba de un margen secundario, fuera de ese tumulto de alumnos desorientados dirigiéndose a las aulas, pasaba bastante desapercibido. Muchas veces ocurre eso, basta no colocarte en medio de lo que está interesando a todo el mundo para volverte completamente invisible.

Las cuatro chicas caminaron, casi invisibles, por los pasillos del centro. Jero hablaba sobre la decisión de sus padres de cambiarla de instituto. Anteriormente la habían inscrito en una escuela pública en la que podría haber continuado sus estudios de bachillerato. Pero sus padres sintieron que no sería suficiente, ya que tocaba prepararla para la universidad. No pudiendo pagar una escuela privada optaron por una concertada. Jero ironizaba al respecto de que sus padres consideraran la inversión de dinero equivalente al esfuerzo y voluntad personal que uno le dedica a estudiar.

La conversación sobre la familia de Jero se terminó cuando llegaron al ala oeste de la escuela. En ella el pasillo se fundía con un pesado telón de un afelpado morado casi violeta. Nadia se enrolló en él y, como en los trucos de magia baratos, desapareció. La pesada tela volvió balanceándose a su posición original y el terciopelo no tardó en tragársela.

—¡Hostia puta! ¡Una capilla! —exclamó desde el otro lado.

—En el vídeo de presentación de la clase que nos estamos saltando, nos iban a decir que esto era un colegio para «señoritas católicas». Actualmente se las da de laico, pero la religión sigue siendo la optativa que todo el mundo pilla para aprobar sin estudiar. Pero qué esperáis, la

directora es monja.

—¿En serio? Cuando mis padres lo sepan les va a dar un ataque de tamaño republicano —gritó Nadia desde el otro lado.

El brazo de María corrió el telón destapando una capilla enorme. Tenía una hilera de vetustos bancos de madera colocados a lado y lado de un corredor. La ausencia de cualquier tipo de abertura al exterior en las paredes de la sala difuminaba las largas distancias a negro. Las llamas de los cirios iluminaban bien poco en su titilar la lobreguez de nogal retorcido del lugar.

—*Creepy* —dijo Jero.

—¡Por santa Jerónima! —volvió a chillar Nadia.

Jero resopló y Nadia empezó a repetir su nombre una vez tras otra.

—No me llames así.

—¿Realmente te llamas Jerónima? —preguntó María.

—No sé en qué estaban pensando mis padres cuando fueron al Registro Civil.

—Pensarían en esta capilla —dijo Nadia.

—Si pensarán en ella, le habrían puesto mi nombre. Que me hagan chistes sobre vírgenes me tiene hasta el coño —se quejó María.

—A mí Jerónima no me suena a nombre religioso. Me suena más bien a guerrera cheroqui —concilió Paula.

—No era cheroqui. Jerónimo era de la resistencia apache. Posiblemente es lo que más me engullece de mi nombre. Pero llámame Jero.

—«Ah Suki Zuki, I'm coming in the Cherokee gasoline» —cantó María.

Nadia tarareó la canción al unísono. No se sabía la letra, pero se movía imitando a las chicas del videoclip. Marcaba los golpes de cadera asumiendo su propia sensualidad. Sinuosa y teatral, avanzaba en la penumbra, uniéndose al estribillo de la canción cuando notaba que María reiteraba los versos. Los movimientos circulares de sus estrechas caderas bordeaban los bancos. Los lengüetazos de luz de los cirios le daban un espectro de chamán. Cuando llegó a las primeras filas de asientos, a las otras tres se les hizo tan difícil la penumbra que no distinguían con claridad qué estaba haciendo. Agarró uno de los candelabros, casi tan altos como ella, y se contoneó como si se tratara de un palo de pole dance. Acto seguido, frente a la llama y lo sujetó como si fuera un fusil. Las chicas pudieron divisarla frente al altar con la base del candelabro en su omoplato, los brazos sujetando el pesado metal, la cabeza gacha figurando apuntar a través de una mirilla inexistente. Simuló un disparo con una bala inventada contra la estatua sangrienta clavada en la cruz, mientras repetía sin entonar la melodía correspondiente a esa parte de la canción, «Don't go screaming if I blow you with a bang», que María acababa de cantar. Tras el pistoletazo, Nadia se desplomó en el suelo como por efecto de un retroceso en su candelabro. Abrió las piernas y empezó a convulsionarse. Sus espasmos degeneraron en un simulacro de masturbación sobre el

pulido suelo de madera. Seguía canturreando, intercalándolo con gemidos. No estaba loca, necesitaba llamar la atención por algún motivo que ni ella aún comprendía.

De pronto, la puerta de la sacristía se abrió y una voz femenina empezó a gritarles desde su interior. Nadia se alzó de un brinco y atravesó el corredor de bancos hacia las chicas. Las empujó tan deprisa tras el telón que María y Jero no tuvieron tiempo de escudriñar quién les había chillado desde la puerta. Corrieron todo el camino inverso de pasillos escolares sin percatarse de que Paula se había quedado al otro lado del telón. Cayeron en la cuenta de ello cuando finalizaron su carrera y quedaron a salvo, nuevamente, en su hueco de la escalera.

Ninguna logró comprender por qué Paula no huyó, por qué no vieron que ella no las seguía y, menos aún, por qué no se enfadó con ellas a posteriori. Retrocedieron algunos pasos buscando a la rezagada, pero no apareció. Decidieron entrar en el aula excusándose por su demora. Su coartada consistió en alegar que habían ido a parar a otra clase porque eran nuevas. Nadie puso objeciones a su coartada, pero la antigua compañera de Paula, la del pelo corto como un champiñón, las oteaba con desprecio. Cuando pasaron por delante de ella, María sintió una punzada de malestar.

Al final de la mañana la culpabilidad de María la alejó de Nadia y Jero, que siguieron haciendo estupideces juntas tras la clase. Cavilaba sobre si Paula estaría muy enfadada. Pensó que jamás serían amigas o incluso que por ser una vieja alumna del centro sería capaz de poner a toda la clase en su contra contando lo ocurrido. Mientras imaginaba haber cavado su propia tumba en ese centro escolar lleno de furiosos con antorchas propias del *Malleus Maleficarum*, apareció Paula. Las tres permanecieron expectantes, observando cómo entraba en el aula. La muchacha andrógina acudió a ella inquisitorial, pero Paula la desdeñó por segunda vez en el mismo día. Con una sonrisa cariñosa, caminó hasta Jero, Nadia y María y les comunicó que habían llamado a sus padres y que estaba expulsada una semana.

—Maravilloso. Y cuando regreses ya nunca más vamos a dejarte atrás, y permaneceremos unidas, pase lo que pase.

Aquella semana notaron tanto su ausencia que las palabras secas de Jero no tuvieron más remedio que volverse reales.

El regreso de Paula a la rutina escolar la convirtió en una figura privilegiada por el mito. Entrañaba un divertimento para los demás alumnos del colegio, que fantaseaban incluyendo factores inventados al relato. Esos añadidos circulaban con más fuerza que los acontecimientos reales. Lo llamaban la caída de Miss Perfecta. Todos achacaban el vuelo ícaro a sus nuevas compañías. Eso las colocaba a las cuatro en el ojo del huracán. Partían de una premisa tan ideal, teniendo ella un pasado tan intachable echado a perder al combinarse con la imprudencia, la negatividad y el engrimiento, que nadie podía evitar abarcar el tópico con esmero y ganas.

Ser observado es un aspecto central de la humanidad. Ellas fueron bendecidas con esa arma de

doble filo. A Jero y su filosofía ya les venía bien alejarse cada vez más de personas que cayeran en lo condicionado del asunto. La homogeneidad dañina de los cotilleos de los demás le parecía de seres limitados. Solía decir que cuanto más iguales son las personas más aumenta la producción. Y se quedaba tan tranquila mezclando capitalismo con cotidianidad, como solo el capitalismo puede mezclarse en el día a día.

Sin embargo, las otras tres lo vivían distinto. Aprendieron a sobrevivir ocho horas diarias durante cinco días a la semana los siguientes dos años de su vida mediante la oposición, que mejoraba con la solidez de su amistad. Desde la disparidad de opiniones y actitudes de Nadia, Paula, Jero y María contraatacaban en bloque. Funcionaban como los omatidios de las abejas o los escuadrones romanos. Lo bello de su hermetismo tenía contrapartidas. No normalizaron la realidad fuera de su pequeño caleidoscopio. Asumieron que la fortaleza del grupo las parapetaba de cualquier situación. Les hizo creer que ese periodo suyo de armonía a cuatro iba a ser eterno, que su juventud también iba a serlo.

Track #12: Meadow hopping, traffic stoping, death splash – Clarence Clarity

María se abrochó el cinturón de seguridad y pensó que daba bastante igual, pues le iba a costar mucho sentirse protegida. Era imposible estarlo dado su desequilibrio mental. El peligro tenía forma de recuerdo y este se sincronizaba con la idea de que Tommaso iba a conducir, muy posiblemente, borracho. Morirían con los cinturones puestos. Pudo salir de su cuerpo y contemplarse muerta dentro de un coche con el morro completamente aplastado contra un pino de una cuneta cualquiera, con la cabeza colgando por hilos trinchados de su inexistente cuello, con el cinturón puesto, claro. La recreación se le antojó tan divertida que sonrió al conductor. Él padeció un rubor incontrolado ante la afabilidad repentina de María, cuyo origen nunca llegaría ni a imaginar.

Durante la maniobra para arrancar el coche, María ejecutó lo único de lo que era capaz en pleno descontrol de pensamientos: darle al play. Volvió a retumbar la canción que había sonado anteriormente. Tommaso la quitó de nuevo con una celeridad convulsiva y miró agraviado a María. La reacción era tan cómica que se vio impulsada a encender el equipo del automóvil otra vez, para repetir procesos para que él lo desconectara.

—Es Death Grips, vale —reveló Tommaso—. Ahora pon algo que pueda escuchar todo el mundo. Tengo cosas diferentes y más comerciales por ahí.

—No los he escuchado nunca —informó María, presionando el botón del estéreo para que resonara en la mala acústica de la carrocería de plástico.

—¿Quieres parar?!

—¿Qué tienen de malo? Suenan bastante bien, son enérgicos.

Irritarle estaba divirtiéndolo a María. Podía notar cómo él se avergonzaba de sus propios gustos musicales para agrandar a los demás. Fue en ese momento cuando empezó a parecerle un tipo interesante por imperfecto y, por supuesto, por lo curioso de seleccionar música tan oscura para salir de fiesta en su coche.

—*Ah!* —dijo Tommaso sin ilusión.

—Ya había oído hablar de ese disco suyo —persistió María.

—*Sì, sì, sì* —desestimó él con incredulidad.

—Había oído hablar de ese disco suyo en el que sale una polla en la portada.

Con esa última declaración teñida de soberbia, María lo había conseguido. Ahora estaban más cerca de estamparse en cualquier curva, pues Tommaso desvió la vista de la carretera hacia ella, con clara sorpresa.

—¿Qué... qué música escuchas? —tartamudeó él.

—Escuchar esas mierdas no te hace más especial —se cachondeó María.

—¿Cómo? —vaciló Tommaso—. No. Para nada. No es un grupo desconocido. Quiero decir... Sí es más difícil que otras bandas del circuito comercial, pero si miras en internet hay más de 360.000 usuarios escuchando sus canciones en last.fm y su canción más famosa tendrá diez millones de reproducciones. ¿Te parece poca gente? Dudo que entre tanta gente uno pueda ser único. Más bien los escucho porque me gustan y ya está. ¿Tú escuchas ciertos grupos pensando en que te hace ser más o menos cool?

—No —mintió María—. Definitivamente no.

—Buena chica —respondió Tommaso.

Lo dijo con un paternalismo tan interiorizado que ni se dio cuenta de que lo estaba adoptando. Existe la costumbre de adquirir dicha actitud entre bastantes melómanos varones. La mayoría de las veces que a María la trataban así no lo recibía como un piropo que evidenciaba que su interlocutor la respetaba y veía en ella a una amante de la música. Odiaba sentir lo contrario, esa falta de respeto en la que había implícita la idea de una incompetencia femenina para la música. El beneplácito masculino le ardía en las entrañas y lo escupía por la boca creando malentendidos que solo radicalizaban más la opinión de María respecto al genérico de melómanos varones. Por otro lado, sus interlocutores melómanos varones acababan predisponiendo el desdén de María a un prejuicio sobre las mujeres en genérico.

—Siento que no los conozcas más allá de la provocación de un pene en la cubierta de *No Love Deep Web*. Es más que un disco con una polla en la portada, es casi como una violación sin ningún tipo de amor. Es tan, tan, tan oscuro y paranoide hacia nuestras costumbres sociales, hacia los parásitos que somos dentro de internet. Es un buen disco, pero no es el mejor que tienen. Aunque quizá, si me paro a pensar, es el más agresivo de todos. Es hardcore hasta en lo emocional. Es rabia o ira en estado puro. *E dai...* es maravillosamente humano.

María le escuchaba en trance. Sufrió una identificación sin precedentes con todo lo que Tommaso estaba describiendo. Todo conectaba, y sintió un aguijonazo. Su trayectoria vital y su modus de pensamiento se estaban resumiendo en la visión de otra persona sobre un disco. Deliraba de nuevo, pero esta vez de un modo hermoso y cosquilleante.

—¿Vas a poner algo o no? El hospital está a diez minutos, así que aprovecha el tiempo —prosiguió Tommaso.

María preguntó atrás por alguna sugerencia y se decidió a hacer sonar alguna canción de Charli XCX porque sabía que a las chicas les podía gustar. María estaba sintiendo un vértigo

espeluznante al recorrer listas de nombres en el iTunes de Tommaso. Su dedo se deslizó por una lista de carpetas ordenadas alfabéticamente:

A. G. Cook
Anderson .Paak
Andy Stott
Aphex Twin
Arca
Ariel Pink
Arthur Russell
Autechre
Azealia Banks
A\$AP Rocky
Beck
Beyoncé
Björk
Blanck Mass
Boards of Canada
Burial
Caribou
Charli XCX
Chelsea Wolf
CHVRCHES
Clarence Clarity
Clap! Clap!
D'Angelo
Danny L Harle
Deafheaven
Dean Blunt
Death Grips
Death's Dynamic Shroud
Deerhunter
Denzel Curry
Drake
Fabrizio De André
Fatima Yamaha

FKA Twigs
Floating Points
Flying Lotus
Frank Ocean
Freddie Gibbs
Future
Future Islands
Giorgio Moroder
Goat
Goblin
Grimes
Grouper
Have a Nice Life
Heroin in Tahiti
Hot Chip
Hunee
Iceage
Iglooghost
Jamie xx
Jim O'Rourke
Joanna Newsom
Jon Hopkins
Julia Holter
Justin Bieber
Kamasi Washington
Kanye West
Kelela
Kendrick Lamar
Kero Kero Bonito
Lana Del Rey
Laura Marling
Liars
Lil B
Lil Ugly Mane
Lorenzo Senni
Lucio Battisti

M.I.A.
Mac DeMarco
Matana Roberts
Mount Eerie
Nada
Neon Indian
Nicki Minaj
Nicolas Jaar
Nmesh
Nujabes
Oneohtrix Point Never
Panda Bear
Perfume Genius
PJ Harvey
Roberto Cacciapaglia
Royal Headache
Röyksopp
Run the Jewels
Shamir
Sharon Van Etten
SIA
Skrillex
Sky Ferreira
Sleater-Kinney
Soko
Sophie
St. Vincent
Sufjan Stevens
Sun Kil Moon
Swans
Tame Impala
Taylor Swift
The Knife
Thee Oh Sees
Tim Hecker
Todd Terje

TR/ST

Travis Scott

Ty Segall

Tzusing

Viet Cong

Vince Staples

Voices From The Lake

Young Thug

Yung Lean

—Se llama carencia de interés —dijo Jero.

—Totalmente —corroboró Tommaso.

—Dime que no le habló de bebés para ligar —se rio Nadia.

—Bebés y gatitos —la complació Tommaso.

—La clave está en hablar de delfines. Delfines bebé. —Nadia soltó una carcajada apretando la nariz contra el cuello de Giulio.

María había perdido el hilo de la conversación. No tenía ni idea de qué estaban hablando.

—El tipo le empezó a pagar tantas bebidas a la chica que esta se puso totalmente borracha. Tanto que se desinhibió completamente, pero con el efecto contrario del esperado —prosiguió el relato Tommaso.

—El efecto esperado —repitió Jero.

—Sí, ya sabes, emborrachar a alguien para que no oponga resistencia... —susurró María.

—Bueno, no sé vosotras, pero a mí el alcohol me ayuda a perder la vergüenza —se defendió Tommaso—. La cuestión: al final ella mostró claro interés en otro que andaba hablando con un corro de chicas. Y la manera en la que se miraban... todos envidiamos la manera en que se miraron... *Como vi guardavate! Dai, Flavio! È chimica...è l'incontro di due persone che dà fuco alle polveri.*

Ninguna de las chicas se había planteado si los chicos comprendían algo de lo que allí se estaba hablando. Se habían apoltronado en la comodidad del idioma patrio. El cambio de idioma demostraba que Tommaso se esforzaba para integrar en la conversación a su hermano y Giulio. Pero Giulio había empezado a besarse con Nadia y Flavio dejó la mirada en blanco con agobio.

María seguía mirando la lista. Tenía muy claro que la siguiente canción iba a ser de Grimes.

—¿Alguna vez te ha pasado algo parecido, María? —dijo Tommaso, con afán.

María dudó unos segundos y pensó que por supuesto la habían invitado a bebida con intención de liarse con ella. Por supuesto había aceptado la consumición a sabiendas de que ella no iba tan siquiera a rozar con sus manos, lengua y menos con su coño a los chicos que abrían la cartera.

Pensó que, por lo que se había enterado de la historia, ella también se habría puesto hasta el culo de alcohol por el nerviosismo de no tener que aguantar al personaje masculino de su relato. Lo habría hecho para matar ese rato ya muerto desde el minuto cero de la supuesta conversación.

—Supongo que sí —dijo ella encogiéndose de hombros.

Tommaso acogió con regocijo la respuesta y la observó de un modo extraño cuyo significado María no supo descifrar. Presionó el dedo índice sobre la pantalla donde se leía el nombre de la canción «Venus Fly».

—Tía, tú no te has enamorado a primera vista en la vida —soltó Nadia.

María se dio cuenta de su error en la respuesta, pero no quería quedar en evidencia.

—Tú qué sabes.

El coche se adentraba por las calles estrechas del pueblo de Capri. El contraste de las casas blancas con el resto del paisaje ensombrecido por la noche y la ausencia de farolas suscitaba algo artificial. Tommaso no prosiguió dando conversación y ninguno de los demás tripulantes encontró necesario hacerlo. Detuvo el coche cuando la canción aún no había terminado. La fachada del hospital parecía más bien una vivienda particular, pero tenía una ambulancia en la puerta. Aparcó con dos maniobras rápidas en una calle en pendiente que quedaba en perpendicular frente a la entrada. María volvió a hacer sonar Death Grips.

—¡Qué pesada eres! —se quejó Tommaso mientras quitaba la llave del coche para que la música cesara.

—Cerramos el círculo —bromeó ella.

—Ya que todo vuelve a estar como estaba en tu coche, podéis piraros de nuevo a la fiesta —sugirió Jero.

Tommaso apretó los labios. María se compadeció ante la expresión de él. Quiso identificarla con la susceptibilidad que ella misma padecía, aquella que brota de detalles absurdos. A pesar de su mueca, no reaccionó en absoluto como ella lo hubiera hecho. Ella, en su contradicción, hubiera ardido descontrolada, devastando cualquier tipo de reacción racional en milésimas de segundo. Por eso la fascinó cuando Tommaso, quieto al volante, se desentendió del comentario.

—No sois nada divertidas.

—No. Somos un poco bordes —añadió Jero antes de dar un portazo.

Tommaso apretó más las muelas e hicieron un ruido estridente. Nadia chapurreó un «Andiamo» mientras le hacía carantoñas a Giulio. Juntos abandonaron también el coche y alcanzaron a Jero. Ella caminaba hacia delante y hacia atrás, hablando rabiosa sobre algo que desde el interior del coche no podían oír. Jero señalaba a Giulio, señalaba el vehículo, señalaba al cartel donde se leía OSPEDERE, señalaba a diestro y siniestro. María no iba a exculpar a su amiga ante Flavio y Tommaso. No entraba dentro de sus planes remontarse a lo ocurrido en Mitigliano para que

entendieran lo desmedido del desborde emocional que estaban contemplando. Lo que sí sintió fue que debía ser algo más amable con quien les había traído hasta Paula, cuando Tommaso añadió:

—No quería ofenderla, pero tampoco quiero dejaros aquí *e basta*.

—No está ofendida, ella es así con la mayoría de la gente. Es de las que para enseñarte a nadar te pegaría un empujón a lo más hondo de la piscina y se quedaría mirando cómo chapoteas. De las que está quemada de todo y quiere que las cosas cambien, pero solo encuentra fallos y más fallos en todo y en todos. Y hoy está siendo un día de mierda —resopló María, dándose un cabezazo voluntario contra el reposacabezas—. ¿Sabes que ahí tienes una lista de discos espectacular?

Tommaso no contestó.

—*Senti, possiamo andare ora? Sì?* —se oyó la voz de Flavio desde los asientos traseros.

María se despidió de los hermanos dando las gracias por el trayecto. Se unió a los demás dentro de la recepción del hospital. Nadia, Jero y Giulio estaban hablando con una enfermera rolliza y con bolsas de cansancio que se despeñaban bajo las órbitas de los ojos. La señora les indicó que debían esperar. Solo eso. Esperar. No dio información del estado de Paula, ni de si estaba siendo atendida por algún médico. Tampoco les pidió explicaciones e impidió que ellas se enzarzaran a preguntas de las que, seguro, no tenía respuesta. Estaba trabajando y su función era hacer aguardar a los visitantes, en su contrato no se hablaba de empatizar con las amigas de una paciente. Las pocas frases que salían por su boca eran mecánicas y simples: esperar.

Cualquier expectativa que pudieran albergar volvió a ellas en calidad de impotencia. Jero se lo tomó a las malas. La rebasó la pesadumbre y empezó a expresar lo inaceptable de la situación del peor de los modos. Gruñía e insultaba a la enfermera que, por contraposición, no se exaltó ni un ápice ni modificó su respuesta. Repitió que debían esperar con una neutralidad desagradable y descortés que aceleró más aún a Jero. La reacción de Jero motivó que la enfermera invitara a las jóvenes a salir del recinto. Entre Nadia y María arrastraron el mal humor de Jero hacia la humedad pegajosa de la noche caprese. Para su sorpresa, fuera estaban todavía Tommaso, apoyado en su coche y con las manos en los bolsillos, y Flavio, fumando un cigarrillo con la cabeza baja.

Track #13: Dooo It! – Miley Cyrus

Hay un muro de contención alrededor de los detalles. Se construyó a conciencia, piedra a piedra, desde el momento en el que abandonaron la carretera hasta el día de hoy. El muro es tan alto que derruirlo llevaría más tiempo del que las chicas tardaron en construirlo. No fue algo voluntario. Fue una cuestión de mera supervivencia futura. Aunque sería reconfortante pensar que lo olvidaron, no sería acertado. No es que lo olvidaran, pues los hechos estaban allí, en algún lugar oculto tras una barricada con forma de pliegue en el córtex cerebral. Fueron algunos pormenores los que se perdieron en la memoria, especialmente los relacionados con la continuidad de los hechos. Pese a saber qué ocurrió, los actos revolotean con independencia inconexa. Hacer el esfuerzo por definir el sinsentido en el que flotan los hechos hubiera tenido el más enloquecedor de los sabores.

Y os estaréis diciendo, ¿de qué vas? Tú, jodido narrador omnisciente, ¿por qué nos sales con estas mientras Paula agoniza? Tienes ese poder prodigioso de conocerlo todo sobre tus personajes. Tienes la potestad de juzgarlos y de colarte en sus pensamientos más oscuros y enterrados, incluso aquellos que ellas no atendieron por confusos, como si estuvieran aleladas. Puedes convertirnos a los lectores en omniscientes, un poder imposible, si se piensa detenidamente.

Cállate. Haz tu trabajo. Danos detalles.

PAUSA PUBLICITARIA

**¿Quieres escuchar música sin
límites ni interrupciones? Suscríbete a Premium
pinchando en nuestro banner**

No.

No puedo porque no lo he superado. Cuando alguien se queda atascado de ese modo, le da por olvidarse de las cosas consciente o inconscientemente. No avanzar ante un trauma está erróneamente comprendido como una visible costra endurecida a la herida de la tragedia, como una cicatriz afeada. La verdad es que todo continúa marchando. Quizá se entendió mal porque, muchas veces, cuando el narrador deja de contar es cuando ya no hay historia. Quiero decir, a

vosotros los lectores os van los sucesos. No lo neguéis, o en mi próxima novela solo describiré las motas que se forman cuando entra la luz en la habitación de la que me cuesta salir. A Paula esa historia le hubiera encantado. Y si no os van los sucesos y preferís el rollo de la superación, tiene que ser con romanticismo dramático. ¡Oh, sí! Congoja de pechos podridos por una manzana en mal estado. Como en ese cuento popular, popularísimo, en el que, mira tú por dónde, a una mujer le dio por gustarle las manzanas y ponerse de lo más cachonda. Y claro, claro, ¿cómo no iba a compartir ese orgasmo gastronómico? Tenía que compartirlo. Ella es así: compartir, repartir, distribuir, auxiliar. Dio la manzana al hombre, que es sabido que no disfruta de ningún placer sexual. Hasta ahora.

Cachondo él, cachondo ella: envenenados ambos y a trabajar de sol a sol. Él que era merecedor de todo lo bueno, lo mejor, lo más alto que él mismo encumbra para que lo sea, ¿condenado de este modo?

¡SOL! ¡A! ¡SOL!

Maldita sea qué calor hacía. El sol quemaba el suelo, calcinándoles las plantas de los pies y las rodillas. Pues que se jodan, habrá que castigarlas de por vida. Habrá que matarlas de por vida. Habrá que violarlas de por vida. Porque la frustración de este calor es insoportable. Me da igual que estén frustradas. ¡Soy inocente! ¡Ellas también son inocentes! ¡La narración no es inocente!

No lo he superado.

De sol a sol soy inocente.

¡Que os jodan! ¡Mátalos a todos, María!

Eso es romanticismo dramático enquistado. El trauma va más con una pérdida de sentido. Trata de un vacío, y eso es lo que yo, narrador, os voy a hacer sentir a vosotros. No os lo toméis como una venganza. Es el mejor modo de que comprendáis lo que sufrí. Yo no soy omnisciente. Yo no lo sé todo. Yo no sabía ni siquiera si me iba a dedicar a la música. Fue una pérdida total de la melodía y solo me quedé con la contundencia de algunos ritmos. Los golpes. Esos golpes que uno luego oye en los momentos más cotidianos.

María lo ha oído en el oleaje del mar, en los primeros acordes de la canción del coche de Tommaso, en un sinfín de canciones más que solo le provocaban ganas de ir al baño y vomitar. Lo ha oído incluso al destapar un bote de conservas. Golpe seco que permite que entre el aire en un continente cerrado y, a su vez, expandir acuosos y pringosos materiales implícitos en su interior.

María no puede comer mermelada.

María ha sido maldecida por ese sonido.

Las chicas cargaban con lo ocurrido en Mitigliano. Empezaron a cargarlo sobre sus hombros rojizos por el sol a tiempo completo ese mismo día. Nada se detuvo, todo continuaba avanzando y daba igual si ellas pretendían parar el tiempo en ese momento o saltárselo.

Este es el relato que os he venido a contar:

La primera vez que María oyó ese sonido, en la carretera de Mitigliano, estaba recostada en el asiento del coche y no salió sangre. Debió de darle un número infinito de veces con la roca hasta que la cosa empezó a brotar. Empapó toda su sudadera sin ser perceptible cromáticamente. Sobre un armonioso morado chorreaba el profundo rojo coagulado. Dejó de golpear cuando la piedra se tornó viscosa y empezó a resbalársele de entre los dedos. No quiero recordar qué pasó. No quiero y si me esfuerzo tampoco puedo. Solo recuerdo lo mucho que le pesaba a María la roca en su mano y el morado en sus sudaderas. ¿Eran sus sudaderas moradas desde el principio o es el recuerdo de su estado final el que las ha connotado desde buen principio? Soy incapaz de recordar si se levantó, si María lo empujó, he bloqueado cualquier información. A veces aparecen sin más de modo involuntario. No sé cuánto tiempo pasó. No sé cómo salieron de ahí. El tiempo que tardaron desde la carretera del sur de Italia hasta Sorrento fue equivalente a los años que han pasado desde el incidente hasta hoy. De una eternidad a un instante si lo miras desde el futuro.

Existe la creencia popular de que hablar de las cosas siempre ayuda. Yo no puedo ayudarme ni ayudaros. Tras años de ser agraciada con la demencia he disfrutado de la plática psicológica que solo ha abollado más el olvido, deformando la mente en una aberración que ya no tiene nada de real.

Este es el relato que os he venido a contar:

¿Seguís ahí?
OK.

La vida también, tras un proceso traumático.

Prosigamos.

Track #14: Where Are Ü Now – Skrillex & Diplo (feat. Justin Bieber)

—Tú, gilipollas. ¿No hemos sido claras diciendo que os vayáis? —Jero había entrado en cólera y señalaba el automóvil de Tommaso con el dedo índice sin temblar—. ¿No lo hemos sido, cabrón? Lee mis labios con atención: iros a tomar por culo de una vez.

Tommaso recibió sus palabras alegremente, enseñando en exceso los dientes. Dio unos pasos al frente para acercarse a las chicas y Giulio, pero Jero tomó la iniciativa encarándole y soltando una retahíla interminable de insultos. Tommaso representaba un maravilloso espécimen lleno de prejuicios para ser su cabeza de turco. Jero no quería volver a descubrirse inmobilizada, necesitaba corregir su pasividad en Mitigliano y lo estaba haciendo con creces. La palabra malsonante se convertía en la roca que no sostuvo su mano, en el único modo de resarcirse. Cuanto más sencilla era de ejecutar, más cobarde se recordaba y con más ímpetu agredía.

El ensimismamiento de Flavio le tenía contemplando los hilos de humo que se alzaban hacia el cielo. En su aire distraído había más de falta de adherencia al drama femenino frente a él que de carencia de inteligencia o atención. Demostró su desdén sin abrir la boca, lanzando la colilla al aire con el impulso de las puntas de los dedos. Sobrevoló la cabeza de Jero para aterrizar un metro tras ella. Tal como era la intención de Flavio, Jero se detuvo. Tommaso aprovechó el breve lapso de shock de su enclenque pero impetuosa vituperadora para preguntar qué les habían dicho en el hospital. María describió al hueso de enfermera que se habían encontrado en el vestíbulo. La noticia produjo una oleada de entusiasmo en Tommaso. Podía volver a ser útil y eso le llenaba de orgullo. Les pidió que esperaran fuera mientras apresuraba el paso hacia el hospital.

Durante la espera Flavio necesitó simular que estaba ocupado. Jugeteaba con su paquete de tabaco y comprobó cuántos cigarrillos le quedaban. Algo en el interior de su cajetilla le hizo bufar sin que aparentara estar muy agobiado. Durante su soledad consiguió su cometido pues Jero le controlaba, pero no inició ninguna discusión con él. Jero dedujo que Flavio era inofensivo en sus silencios, no había que ponerlo a raya mientras permaneciera en ellos. Él solo lo lograba sin ayuda externa. Tampoco hubo que esperar mucho tiempo para que Tommaso franqueara la puerta del hospital. Regresaba ufano y con pasos lentos, tomándose su tiempo para crear más expectativa como había hecho durante la entrada de María al corro de la fiesta en la playa. Ellas estaban completamente pendientes de él y la sensación le henchía. María tuvo que interpelar sobre la nueva información para que él empezara a comunicarles que debían esperar varias horas, ya que,

según dijo, Paula estaba bajo observación médica. Había sido del todo innecesaria tanto su entrada al hospital como su aclaración. La información no era muy diferente a la conocida por Nadia, Jero y María, pero todas intuyeron su mejoría por la seguridad con la que se expresaba Tommaso.

—Podemos esperar en el coche o, si queréis, damos cuatro pasos por los alrededores. Justo aquí atrás, subiendo esta calle, hay unas vistas espectaculares desde el cementerio —propuso Tommaso.

—Vamos —respondió Nadia.

Jero y María pusieron mala cara.

—¡¿Qué?! Odio esperar —se quejó Nadia—. Paula no va a salir antes porque nos quedemos en el portal.

—No va a salir antes —repitió Tommaso.

—¿Te has parado a pensar que debemos estar aquí cuando ella o alguien salga? —intentó hacerles recapacitar Jero.

—Tienen mi número de teléfono. Los de la ambulancia me dijeron que me iban a llamar.

—Tú te callas. No vamos a movernos de aquí.

—Jero, aquí me voy a volver loca. Me va a dar un ataque. Si me quedo aquí dos horas, me estalla la cabeza. —Nadia parecía agobiada—. Necesito hacer algo. Necesito follarme a este pavo.

—Necesita follarse a ese pavo —duplicó el comentario Tommaso.

Molesta y cansada por la dinámica del grupo, Jero se dio por vencida. Comenzó a andar calle arriba sin añadir ninguna palabra más. Le siguió Flavio, dejando un espacio prudencial que aclarara la carencia de interés por interactuar con ella. Parecía tan fastidiado como Jero por tener que subir la cuesta. Nadia y Giulio marcharon abrazados metiéndose mano. Desde su última posición, Tommaso y María ascendían la calle en un silencio que a él le incomodaba. Así que empezó a hablar de asuntos livianos con ella y, sin querer, pasaron a hablar de música. El tema se impuso sin que uno de los dos obligara al otro. María admitía conocer bandas sin haberlas oído nombrar. Cuando ella nombraba un grupo, sin demora, él establecía analogía con otras bandas afines. Había cierta estupidez en él por desplegar como un experto conocedor al que había que admirar por ello, y, en ella, por aparentar ser más experimentada que alguien que le llevaba diez años de ventaja en lo que respecta a investigación musical. Tommaso mostraba curiosidad por los gustos de María; algunas veces con intención de conocer más sobre quién era ella, otras porque disfrutaba con las propuestas que elegía su interlocutora.

María le pidió ojear de nuevo su lista de reproducción. Él accedió, desbloqueando su iPhone y alargando el brazo para pasárselo.

—Son solo los discos que tengo en el teléfono. Principalmente, novedades de este año o el

pasado —se disculpó Tommaso.

—Tienes buen gusto —admitió María.

—Siempre he pensado que con la música no es cuestión de buen gusto o mal gusto. Hay cierta gente con la que coincides y dicen que tienes buen gusto, y otra con la que no y te ponen a parir lo que escuchas —argumentó Tommaso.

—Aun así, tienes criterio de selección. Las bandas que tienes aquí son buenas en cada uno de los géneros que representan —aduló María—. Bueno, también tienes alguna mierda.

—Disfruto mucho con la mierda —se jactó Tommaso.

—Ya veo.

Ella atendía al teléfono, intentando memorizar los nombres que no conocía. Pretendía recordarlos para investigar su obra más tarde.

—¿Quién es Roberto Cacciapaglia? —preguntó ella con interés.

—*Che figo!* Has dado con uno de los viejos. Es italiano. De los setenta. Me encanta que experimentara con la electrónica aun teniendo formación clásica de conservatorio. Si no te importa que sea tranquilo o que sea antiguo, es *una cosa incredibile*.

—¿Y Fabrizio De André? —continuó María.

Tommaso se paró en seco, dando un aire más dramático a su reacción de incredulidad.

—¿Estás de broma? Es como preguntar quién es Franco Battiato. Si me hubieras preguntado por Piero Campi, Luigi Tenco o incluso Gino Paoli, pero ¿Fabrizio De André?

Tommaso frenó su perorata de desconcierto cuando fue consciente de no generar adulación sobre su persona sino inseguridad en María. Intentó rectificar explicándole que era un cantautor muy famoso en Italia, pero se topó con los oídos sordos del orgullo herido de ella. María se limitaba a mirar desinteresada hacia otro lado y se mordía el labio.

—Es estupendo seguir descubriendo música que ni sabías que existía. Yo espero no perder nunca la curiosidad porque hay un montón de bandas que nunca he escuchado.

—A la mayoría de la gente, cuando se hace mayor, dejan de atraerle los nuevos artistas o sonidos —afirmó María con frialdad—. Dicen que a los treinta y cinco te desinteresas por bandas emergentes y te limitas a escuchar lo que ya sabes que te va a gustar. Vamos, que no cambias y te quedas atascado en los grupos de tu adolescencia.

—Aún tengo margen, entonces.

Tommaso clavó la mirada en María del mismo modo meticuloso en que la había fijado en el interior del coche. Había hallado algo fascinante en ella y su modo de hablar que ni ella misma sabía que poseía. Al descubrirle contemplándola como quien hurga, María se sofocó y se puso a la defensiva:

—¿Qué?

—Pienso en el cambio, en que tú me pareces muy volátil. Ahora mismo pareces otra, diferente a

la que vi en la fiesta. Al principio me fijé en ti porque parecías la persona más triste de toda la rave. En tus ojos había todos los males del mundo. Sin embargo, luego, dejaste aparecer la ira y con ello alguna que otra hostia. Dabas hasta miedo. Pero es que luego, cuando te seguí, te descubrí bailando completamente fuera de ti misma, como si tu cuerpo fuera parte del aire que te rodeaba. Eso me creó curiosidad. Pensé que o estabas muy drogada o eras una persona increíblemente pasional. Y ahora mismo parece que te he asustado con todo este discurso. Calma. Eres como una especie de bomba de relojería. Estás bastante loca. Me gusta la libertad con la que manejas tus emociones.

—Es como si estuvieras describiendo a otra persona, a alguna de mis amigas.

—¿A quién?

—Nadia por la libertad e impulsividad, y Jero por la mala leche.

—Bueno, supongo que tú debes de conocerlas y conocerte a ti misma mejor que yo.

—En lo que se refiere a mí, no creas.

—Qué quieres que te diga, así como impresión de un completo desconocido, he visto esos rasgos más fuertes en ti que en ellas. Fuertes no: auténticos. Imagino que eligieron ser tus amigas precisamente por eso.

María no sabía cómo eludir el análisis. Siempre había creído que ella había elegido a las chicas y no al revés. La idea se le encalló en el entrecejo por incredulidad. Tenía cierto recelo a tomar como verdaderas las palabras de Tommaso, especialmente tras sentirse ofendida por lo de Fabrizio De André. Le daba por dudar de su propio mundo cuando los demás argumentaban cómo entendían las cosas. Toda esa pluralidad de voces era confusa. Había sido ella la que quiso unirse a Nadia y Jero para inspeccionar el colegio. Podría poner la mano en el fuego al respecto: la voluntad de que fueran amigas había sido suya, no de ellas. ¿O estaba volviendo a ser una niñaata egocéntrica incapaz de entender que ellas también querían su compañía?

Sin comerlo ni beberlo volvía a adentrarse en ese galope inestable del pasado sobre el presente, cuya velocidad no permite asimilar las secuencias de lo que queda atrás. La confusión era una montura que le hacía dar saltitos percutidos, como el vaivén de la piedra en su mano en la carretera hacia la Cala di Mitigliano.

—Nunca había conocido a una chica como tú —declaró Tommaso.

El galope se desbocó en estampida. El nerviosismo de María estalló con una risa incontrolable. No pudo evitarlo. No se reía exactamente de él, tampoco del significado de lo que acababa de decirle. Se reía de lo prototípica que era esa frase cuando quieres ligarte a alguien. En concreto, le hizo gracia imaginar los innumerables «nunca» que habrían sido dichos a un sinfín de chicas únicas en el mundo durante las noches tibias de verano. Encontró muy divertida tal mundana exclusividad entre el elevado número de féminas que habita el planeta. Todas tan únicas y todas dentro del mismo saco. En vez de ser halagüeño, María encontraba que las aglomeraba a todas en

una masa uniforme de chicas nocturnas sin rostro. ¿Cómo no iba a reírse de que algo tan exclusivo fuera tan generalizado? Con lo de «una chica como tú» marcaba un abismo entre ella y el resto del género femenino. Su carcajada era, pues, por lo gastado de una frase pretendidamente exclusiva. Él no se lo tomó así, por supuesto. Volvió a pararse en seco, esta vez como acto involuntario.

—Venga, va.

—Venga, ¿qué? —replicó Tommaso.

—Me río porque he pensado que... —intentó explicarse María.

—¿Has pensado que podías humillarme simplemente porque te he dicho que me gustas?

Era obvio, María le había herido. Lo que le causaba extrañeza era que lo decía sin ningún tipo de enfado aparente. Lo decía como cuando, minutos antes, enumeraba algún disco que él consideraba básico conocer.

—No. Si me dejaras terminar...

—Termina.

—¿Quieres dejar de permitir o cortar la conversación como si fueras el dueño?

Tommaso se quedó callado, expectante. María no supo qué decir en el momento en que se encontró con el dominio absoluto del discurso. Miró disuasoria a su entorno. Habían llegado al muro del cementerio. Quedaba en un punto álgido del pueblo, aliñado con cipreses. Se podía admirar toda la ladera de casas descendiendo hasta el puerto rodeado de acantilados. A la derecha quedaban los botes anclados en Marina Piccola y a la izquierda en Marina Grande. La penumbra, el silencio y la quietud le daban al paisaje un carácter taciturno.

Flavio se subió al muro del cementerio con facilidad y, sentado con los pies colgando, se encendió otro cigarrillo. Cuando Jero intentó trepar, intuyó que él debía de tener cierta práctica en ello, pues hasta la tercera intentona no lo consiguió. Nadia y Giulio se apartaron del grupo para tener más intimidad, pero quedando a la suficiente distancia como para posibilitar ser contemplados libremente. Se besaban con auténtico desespero de ruidoso repiqueteo lingual. Giulio resultaba bastante torpe cuando la besaba en movimiento, aunque conseguían excitarse recíprocamente con caricias fogosas por debajo de la ropa. Nadia interpretaba distintos roles para tantear con cuál de ellos conectarían de un modo más placentero.

—Estoy seguro de que suelen decirte cosas por el estilo a menudo. Eres bonita... Da igual, olvídale —se achicó Tommaso.

—Hoy no es el día —sentenció María.

—Te he conocido hoy. Dudo que mañana vuelva a verte si hoy no hago algo. Por eso intento gustarte.

—No puedo lidiar con vosotros hoy, ni mañana, ni en futuro próximo, ¡joder! —montó en cólera María.

Por fin, Tommaso mostró un atisbo de enfado:

—*Ih! Dai, dai. ¿«Vosotros»? Dai dai, ti prego. ¿Quiénes son «vosotros»? Carga contra mí, pero deja en paz a mi hermano. ¿Sueles meter a todos en el mismo saco? ¿Vosotros los hombres in generale? Oh, cazzo! Mira, no sé qué os ha pasado hoy, por qué tu amiga está en el hospital inconsciente y con la pierna reventada. No sé cómo ha sido tu vida para que le tengas tanto miedo a todo y te pongas a la defensiva frente a cualquier comentario, ni por qué se lo haces pagar a la gente. Lo que sí sé es que me has interesado desde el minuto cero. Pensé que era un suicidio acercarse a alguien como tú. Porque tú... *C'è da, far girare la testa. Sei così bella.* ¡Y encima luego descubro que eres el tipo de loca a la que le gustan cosas parecidas a mí! ¡Con la que puedo hablar!*

—Pero qué mierdas estás diciendo. Conozco muchísimas chicas como yo —dijo María sin terminar de creérselo.

—Pues dime dónde, eres la primera que conozco que me sigue la conversación musical.

—Qué pesado. Esta conversación me cansa. Mi amiga está en el hospital. Lo que menos me apetece ahora mismo es hacerte entender que sentirse arrebatado por la música no tiene nada que ver con tener un rabo entre las piernas.

María se mordió la lengua para no envalentonarse en su discurso de lo excluyentes que eran para ella los moldes dentro de círculos melómanos.

—Tienes razón, esta noche debería estar siendo más fácil para todos —dijo Tommaso agitando la mano como para quitarle importancia al asunto.

—Siento que no te haya sido fácil la noche.

—Quiero ayudarte. Me pareces una persona que necesita ayuda —contestó él, calmado.

—No quiero que me ayudes más. ¿Lo entiendes? Además, la romántica del grupo es la que está en el hospital, y la del sexo con cualquiera es esa de allí. Yo no quiero eso.

María acompañó su última frase señalando con el dedo a Nadia y Giulio.

La pareja estaba apoyada contra el muro: ella contra la pared y él encima de ella, presionándola contra el cemento. A Giulio le colgaban los pantalones por debajo de las nalgas, caídos con desaire accidental tras un desabrochado pasional. Las bragas de Nadia estaban tiradas en el suelo, como abandonadas, mientras su dueña se mordía el labio inferior y recibía una embestida tras otra. Sus movimientos tenían la mecánica desgarrada que solo puede percibirse en el sexo cuando no se participa en él. El ruido había hecho que Jero, desde lo alto del muro, se tapara los oídos con las manos.

Nadia lo estaba viviendo de modo opuesto, disfrutaba con la exhibición. Había abierto tanto sus sentidos como sus piernas. Operaba de un modo dominante. Le empujó al suelo, se levantó la falda hasta la cintura y dirigió, así, el deseo de Giulio hacia lo que a ella le interesaba que fuera el foco de atención. Él estaba expectante y rendido a sus encantos. Picarona, reclinó a Giulio sobre el pavimento y subió encima de él a horcajadas. Su pelvis comenzó a moverse en círculos y su

cadera se balanceaba con el mismo ritmo con el que María la había visto bailar en un sinfín de ocasiones en el comedor de su casa, en el colegio o en la calle. Solo que en ese momento dichos movimientos cobraban otro significado. Nadia estaba desinhibida, tan concentrada en sus ondeantes danzas y el placer, que María no pudo entender cómo ese mismo acto podía comprenderse de formas tan distintas según cómo, por qué y con quién se ejecutaba.

—No deberíamos estar viendo eso —comentó Tommaso.

—Bailar es como follar —dijo María, hipnotizada—, nunca lo había pensado. ¡Joder, está bailando encima de su polla!

Esta vez fue Tommaso el que soltó una carcajada.

—Y ahora descubro a la María inocente. —Tommaso dio un silbido para llamar la atención de su hermano—. *Flavio, è ora di andare a casa.* Un placer, *ragazze*, os dejamos a vuestro aire.

Sumiso, Flavio bajó del muro sin dirigirle ni una palabra a Jero, menos aún a María al cruzar frente a ella. El hermano mayor pasó el brazo por encima de los hombros del menor y María observó, sin lástima ni alivio, cómo ambos descendían la empinada calle. Sentía demasiada pena de sí misma como para sentirla por otra persona. Estaba agotada. Le martilleaba la frente y la rigidez de su cuello emitía ondas de dolor en todas las direcciones: hacia su cabeza, su espina dorsal, sus brazos, su pecho. Solo quería descansar, estar a solas con Paula, Nadia y Jero.

Tras lo que Tommaso le había dicho, María hizo el ejercicio de observar a Jero desde otra perspectiva. La percibió muchísimo más frágil que ella, estaba acurrucada, tapándose los oídos, y lloraba.

Trepó al muro para situarse al lado de su amiga.

—Me corta el rollo mogollón. He tenido millones de veces enfrente a Nadia haciendo ver que se corría, pero eso era real —sollozaba Jero de modo tan incontrolado que le costaba hablar.

—Sabes que a ella le gusta tener espectadores —le recordó María.

—No me he subido aquí por pudor. Mierda. Sabes que a mí estas cosas me dan igual. Es solo que no he podido seguir mirando. Es vomitivo. Se me han puesto las tripas del revés. Ha sido como verte esta mañana, allí. Ha sido como verte. Acorralada por esos hijos de puta.

—Si te fijas en la cara y la actitud de Nadia, te darás cuenta de que la situación es completamente distinta. No tiene nada que ver con lo de esta mañana.

María hizo una pausa, miró fijamente a Jero e intentó calmarla.

—¿Quieres reírte un rato?

—Sí —respondió Jero, sorbiéndose los mocos.

—Me acaban de decir que es un suicidio acercarse a alguien como yo.

—Ese tío, Tommaso, es un capullo. Ha sido un imbécil desde el principio. No le hagas caso.

—A ratos me gustaba —confesó María.

—¿Por qué te ha hablado tanto de música?

—No sé.

—Que os gusten las mismas cosas no quiere decir nada. No le exculpa de ser un gilipollas. Podéis tener visiones de la vida muy distintas.

—Ha elegido el peor de los días para entrarme. Creo que ese es el principal problema.

María tiritó un poco pese al bochorno del ambiente. Apoyó la cabeza en el regazo de Jero. Esta empezó a peinarle el flequillo con los dedos. Tenían la vista fija en la hilera de casas que serpenteaban como una lengua de lava hasta fallecer en el mar. Los tejados, las ventanas y las puertas se hundían como aceitunas negras entre las hojas. Esas casas tenían la misma apariencia que los huesos diseminados sin orden en una fosa común. La luz lunar que rebotaba sobre las fachadas equiparaba su tez a la de docenas de cientos de despojos gigantescos apelonados y expuestos.

—María, ¿qué coño le pasa a Paula con su mala suerte? Me peta la cabeza. Una herida en la pierna no hace que pierdas el conocimiento —se lamentó Jero.

—Tu pesimismo no es una novedad.

—Qué pesimismo ni qué pollas —dijo Jero con sequedad—. Se desplomó delante de mis ojos como un... como un... Yo qué sé, como una muerta.

—¿Tú crees que puede ser porque ha perdido demasiada sangre? —preguntó María.

—Es posible. Ahora mismo le estarán metiendo una de esas bolsas de sangre fresquita, directa del frigorífico del hospital. Cuando el coche la golpeó...

Jero frenó su discurso al recordar el momento. Parecía que fuera a llorar otra vez, pero ninguna lágrima cayó por sus mejillas.

—Cuando pasó eso y encima, luego, el coche volvió a pasarle por encima de la pierna, yo fui incapaz de moverme.

—Fue todo muy rápido —la exculpó María.

—Tampoco cuando te arrastraron dentro del coche. —El rostro de Jero desprendía malestar. Se desfiguraron todos sus rasgos juveniles.

—Llevo toda la noche con alucinaciones, tan palpables que me tienen el cerebro frito. Te aseguro que puedo notar ahora mismo el peso de la roca en mi mano. —María abrió y cerró el puño—. ¡Y no es lo único que he flipado hoy!

—Has flipado que te gustaba un subnormal.

—He flipado cosas rarísimas y es la puta culpabilidad. Yo hice que todo esto sucediera y lo siento tanto. Puto carácter inútil de mierda. —María se envalentonaba a cada insulto que se otorgaba.

—Que te estés disculpando por el abuso de unos delincuentes es repulsivo —zanjó Jero.

—La sangre, Jero. Toda esa sangre...

—¿Qué sangre?

María se incorporó de sopetón. No podía creerse esa respuesta.

—Desde que subimos al ferry llevo pensando que no sé si Nadia y tú os estáis autoconvenciendo a vosotras mismas, o si es a mí a la que se le ha ido la olla.

—Será lo segundo.

—¡Jero! —exclamó María, estupefacta.

—No hiciste ni hicimos nada. Convéncete de eso para el resto de tu vida y así será. Y al resto que le jodan. Te diré algo, no vamos a vivir con mierda extra en los bolsillos. Paula la cagaba cuando decía que apreciaba las malas experiencias porque te dan una especie de lección suprema. Estupideces. ¿Madurez? ¿Paz con uno mismo? Lo siento, pero no. Ese tipo de cosas no favorecen en nada. Lo que ellos hicieron no me va a hacer mejor persona. No quiero ser mejor persona para gente como ellos. Al contrario.

—Puedo oír la voz de Paula diciendo aquello de que no puede evitarse lo que te sucede, pero sí como lo sentimos.

—Me da igual lo que diga Paula. Quiero recogerla y decirle que nunca voy a agradecer ni disculparme por este día.

Enmudecieron. El miedo estaba haciendo temblar a María más de lo habitual. Jero le sujetó la cabeza con ambas manos para contenerla.

—Has distorsionado los hechos. Cualquier cosa que creas que hiciste fue autodefensa.

Con la suavidad de un ronroneo de ideas, María reflexionó sobre esas últimas palabras. La autodefensa como acto inhumano, como el acto más violento de todos. Se estaba protegiendo. Nada más que eso. Atacó para rescatarse y entrar de lleno en la demencia.

Se lo repitió una vez más: atacó para rescatarse.

Lo repito ahora: ataqué para rescatarme.

La interrumpió en su flagelo el canturreo de Giulio. Calle abajo se alejaba su canto flácido igual que su pene tras eyacular, alegre igual que su pene tras eyacular. Qué fácil resultaba. Era un chico que no engañaba a nadie, no había tenido que recurrir a la idealización amorosa de Tommaso. Solo carnalidad que una vez saciada no crea ningún tipo de dependencia. Nada más. Nadia se había quedado sentada en el suelo con la espalda recostada sobre el muro. Jugaba con su falda, retorciendo su tela entre los dedos. La brisa le despeinaba el pelo desaliñado y alguna que otra contradicción que la disgustaba y le hacía fruncir el ceño. Exhalaba más agotamiento que sosiego.

Desde el final de la calle se oyó un silbido claro y nítido, pues ningún impedimento acústico lo amortiguaba durante el reposo noctámbulo. Como animales de presa estimulados por ruidos en la lejanía, las tres giraron las cabezas. Era el mismo silbido que Tommaso había empleado para llamar a su hermano antes de irse. María no titubeó en comprender que era una señal de él para que regresaran al hospital, por lo que propuso que regresaran. María y Jero saltaron del muro.

Emprendieron la marcha con Nadia, que iba dando puntapiés a las piedras y objetos que encontraba por el camino, haciéndolos rodar calle abajo. Estaba de morros.

—¿Qué te pasa? Has follado y se acaba el jodido día. ¿Qué más quieres?

—No me he corrido —confesó Nadia.

Lo dijo con un deje pueril. Su confidencia tenía la sinceridad sin tapujos con la que los críos presentan una contrariedad.

—Soy imbécil. Me lo he tirado con rabia, pensando más qué resultaría sexy que en disfrutarlo. Qué estúpido lo que he hecho, ¿no?

—¿Por? —preguntó Jero.

—No sé. Un día como hoy, hacerlo así sin más.

—¿Es que debes reaccionar de un modo determinado tras lo ocurrido hoy? —preguntó Jero—. Estúpidos los que te critiquen, no tú.

Se distinguía una canción de Boards of Canada desde el último giro de la calle del hospital. Los latidos de un downtempo de percusión y de voces en repetición con mensajes subliminales bombeaban entre la siniestra bicromía del entorno. A su alrededor todo adquiría el punto desteñido de las películas experimentales, de escenas tétricas y emocionales que solo el afán no comercial y el DIY es capaz de poseer. María supo antes de girar la esquina que el coche de los hermanos italianos seguía allí donde lo habían dejado. Ellos estaban dentro, observándolas al pasar sin salir del interior del vehículo. La actitud de Flavio se había apoderado del primogénito como una gangrena. Ambos quedaron recostados en los asientos delanteros sin hablar, tan enigmáticos como el dúo de hermanos de la banda que sonaba en su estéreo. Si la insistencia y permanencia de Tommaso era romántica o psicopática poco le importaba a María. Que no hubiera desaparecido como Giulio era indicativo de algo, pero no estaba por encima del deseo de María de recoger a Paula, esperar el ferry y volver por fin a Sorrento.

Entraron mudas y con discreción al hospital. La enfermera las recibió con una actitud opuesta a la de su anterior encuentro. Se deshizo en un ademán meloso mientras les comunicaba que el doctor quería verlas. Jero, María y Nadia siguieron las curvas bamboleantes, embutidas en la bata blanca, hasta una de las puertas. Las invitó a pasar extendiendo un brazo hacia el interior del despacho. Tras decir «Mi dispiace tanto», la mujer cerró la puerta tras de sí. Quedaron en presencia del doctor, un hombre también rubicundo de complexión acuosa. Sus brazos, apoyados sobre un escritorio, deslindaban de su torso como salchichas. Las esperaba sudando a mares, apretando las manos entrelazadas. Habló en un tono inalterable, empleando tecnicismos obtusos y compactando las yemas de sus dedos con tensión. Naturalmente, lo hizo en italiano. Por suerte, no disertó durante mucho rato, pero creó un silencio incómodo en la sala cuando formuló algunas preguntas finales. Se miraron las unas a las otras con reserva y no supieron responder. Ninguna de ellas entendió qué estaba diciendo. Nadia rompió el hielo preguntando dónde podían recoger a

Paula. Fue como si el médico padeciera un glaucoma o algún otro tipo de inflamación ocular. Recolocó su postura tras la mesa y volvió a juntar las palmas, presionando aún más sus dedos entre sí. Verle tan incómodo inquietó a las tres muchachas. Resultaba evidente en la presión que estaba sintiendo el hombre por tener que ser más claro; estaba impresa en su organismo y toda la masa informe de mollejas. Ocultarse en su académica perorata médica para comunicar malas noticias de un modo distante e impersonal no había servido de nada con las extranjeras.

El doctor respiró para inspirarse valentía y fue lo más directo que su cobardía le permitió. «Commozione cerebrale irreparabile» sonaba demasiado similar a «conmoción cerebral irreparable» como para que se engañaran sobre su traducción. Se quedaron quietas, calladas y expectantes a que sucediera algo más, hasta que se las invitó a abandonar la sala, no sin antes hacerles entender que debían recoger un cúmulo de papeles en el vestíbulo.

Fuera seguía siendo negra noche. Quedaba, todavía, en torno a una hora para el despunte del alba. El calor intenso olía a pino. Jero, Nadia y María se sentaron en el bordillo de la acera, delante de la puerta del hospital. Parecía posible, en esa indolencia milagrosa del amanecer en el Mediterráneo, que Paula fuera a salir por la puerta. No iba a hacerlo, pero ellas estaban lejos de haberlo asumido, así que se quedaron ahí enfrente, incapaces de dar cualquier paso. Esperaron cuando ya no había nada más que esperar.

El coche de Tommaso hizo luces y las pupilas de María reaccionaron como si hubiera tomado ácido. En su dilatación pudo percibir la deformación de los colores en su entorno: círculos cuyo centro se ennegrecía mientras los extremos brillaban, halos fantasmagóricos con todas las gamas de tonalidades del arcoíris emanando de los bordes de los objetos, refracciones de psicodelia de tintes cambiantes como si, en un solipsismo, la melodía que expedía el vehículo se hubiera vuelto corpórea e irradiante a su alrededor. La realidad podía ser más verosímil en esa distorsión que lo que de verdad les estaba sucediendo.

No sabían qué hacer.

Como no habían sabido qué hacer con sus ropas y un parasol ensangrentados, con todas las pertenencias abandonadas en el lugar, con la piedra, con Paula. No tenían ni la más remota idea de cómo reacciona la gente adulta ante situaciones así, de cómo se crece. Tampoco lo sé ahora. Nadie tiene la respuesta y aun así todos terminamos siendo adultos. No queda otra.

Se quedaron sentadas muy juntas, tanto que aparentaban ser una misma figura, amorfa y triste, como solo podía serlo un cuerpo a los dieciocho.

La historia de una rave que salió mal, marcada por el costumbrismo millennial y el descubrimiento del feminismo a través de un grupo de turistas posadolescentes.



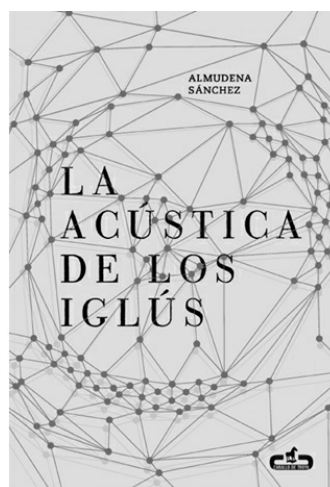
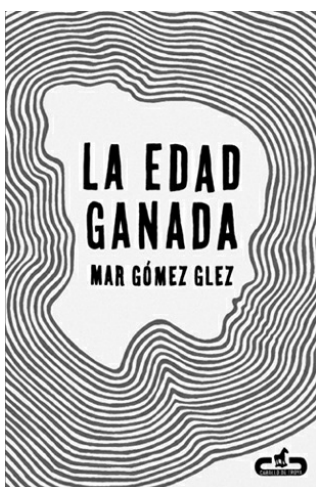
Todo empieza y todo termina con esta fiesta: la que protagonizan cuatro jóvenes a las que los demás miran como si viajaran «solas» aunque ellas sepan que no pueden estar mejor acompañadas. Nadia, Jero, María y Paula tienen 18 años y se encuentran de viaje en la costa de Nápoles. Están a punto de cruzar el umbral de la vida adulta y esas vacaciones improvisadas prometían convertirse en las que iban a definir el resto de sus vidas. Entre la euforia de la adolescencia, los paisajes idílicos de Sorrento, las conversaciones sobre sexo y religión y una música ligera que les acompaña en los auriculares en todo momento, las cuatro deberán afrontar un episodio traumático que romperá sus expectativas en mil pedazos.

Con una prosa sencilla y directa que unas veces recuerda a las autoras de la Alt Lit y otras a las primeras novelas breves de Virginie Despentes, la escritora, traductora y editora Marina L. Riudoms ha recogido en *Había una fiesta* cada uno de esos pedazos y los ha convertido en una novela lúcida sobre el paso a la madurez, el abuso sexual, la construcción de la amistad y la inocencia perdida.

Marina L. Riudoms (Barcelona, 1983) ha pasado su vida entre libros, ya sea desde el sector editorial —ha trabajado para Glénat, José Juan Olañeta y Penguin Random House— o desde el periodismo —escribiendo para *Revista Lateral*, *La tribu* o *PlayGround*, y editando en *NOIR Magazine*—. Aunque también se ha dedicado a la escritura literaria desde que tiene uso de razón, no es hasta ahora que se ha atrevido a dar el gran salto: *Había una fiesta* es su primera novela.

Twitter: [@mlriudoms](https://twitter.com/mlriudoms)

Si te ha gustado *Había una fiesta*, te recomendamos:





Para entrar o salir de la ciudad sitiada

El comensal. *Gabriela Ybarra*

Meteoro. *Mireya Hernández*

Filtraciones. *Marta Caparrós*

La pertenencia. *Gema Nieto*

Los primeros días de Pompeya. *María Folguera*

El estado natural de las cosas. *Alejandro Morellón*

La fórmula Miralbes. *Braulio Ortiz Poole*

Algunas ideas buenísimas que el mundo se va a perder. *Alberto Olmos*

La acústica de los iglús. *Almudena Sánchez*

Felipón. *David Muñoz Mateos*

La hija del comunista. *Aroa Moreno Durán*

Televisión. *María Cabrera*

Animal doméstico. *Mario Hinojos*

Madre mía. *Florencia del campo*

En la ciudad líquida. *Marta Rebón*

Y ahora lo importante. *Beatriz Navas Valdés*

Las ventajas de la vida en el campo. *Pilar Fraile*

Umbra. *Silvia Terrón*

Maratón balcánico. *Miguel Roán*

Game Boy. *Victor Parkas*

Cambiar de idea. *Aixa de la Cruz*

Ama. *José Ignacio Carnero*



Entra en la ciudad sitiada y descubre las nuevas voces de la literatura hispánica

En febrero de 2004 Caballo de Troya anunció la salida de sus primeras novedades y mostró sus señas de identidad: un sello con perfil de editorial independiente integrado paradójicamente en un gran grupo. Hoy se puede afirmar que dicha paradoja ha funcionado con eficiencia y sin contradicciones. Caballo de Troya, que tiene como principal objetivo servir como plataforma editorial para nuevas voces literarias hispánicas, ha puesto un centenar de títulos en el mercado español con una muy favorable acogida por parte de la crítica más atenta y de los puntos de venta con mayor tradición y relevancia literaria.

Fundado por Constantino Bértolo, el sello ofreció a autores españoles o latinoamericanos reconocidos hoy en día hospitalidad, apoyo o un primer impulso. En 2014 el proyecto tomó un nuevo rumbo: cada año un editor invitado es el encargado de sumar sus apuestas al catálogo. Caballo de Troya es hoy una referencia entre los autores más jóvenes y más ambiciosos literariamente. Una editorial para nuevas voces, nuevas narrativas, nuevas literaturas.

Edición a cargo de Luna Miguel y Antonio J. Rodríguez

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Marina L. Riudoms

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Fotografía de portada: iStockPhoto

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17417-14-7

Composición digital: M.I. Maquetación, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Había una fiesta

Track #1: Sea Calls Me Home – Julia Holter

Track #2: Low Life – Future & The Weeknd

Track #3: Atrophies – Blanck Mass

Track #4: Rave on U – Against All Logic

Track #5: Rewind - Kelela

Track #6: High By The Beach – Lana Del Rey

Track #7: Broken Flowers – Danny L Harle

Track #8: Mutant Standard – Oneohtrix Point Never

Track #9: Let It Happen – Tame Impala

Track #10: After the Fall – Chelsea Wolf

Track #11: Pornography – Travi\$ Scott

Track #12: Meadow hopping, traffic stoping, death splash – Clarence Clarity

Track #13: Dooo It! – Miley Cyrus

Track #14: Where Are Ü Now – Skrillex & Diplo (feat. Justin Bieber)

Sobre este libro

Sobre Marina L. Riudoms

Si te ha gustado Había una fiesta...

Últimos títulos publicados

Entra en la ciudad sitiada

Créditos